

Shalacos

Jorge Washington Abalos

Ilustraciones de Alvaro Izurieta

Colección Juvenilia

© 1975 by Editorial Losada S. A.

Edición digital de urijenny (odoniano@yahoo.com.ar)

Índice

I.....	6
Viaje	7
Llegada	10
El paisaje	11
Eros pedagógico.....	14
II.....	15
Atardecer	16
Un riel, una campana.....	18
Cielo estrellado	19
<i>Imasi maría sima</i>	20
El nido de catas	22
Castigar el sandial.....	24
Los coyuyos.....	25
Coshmi I.....	28
El hormiguero	30
Coplero	32
Guilli Llampá	35
<i>Quillitu</i>	36
Ishico	38
<i>Tacko pallana</i>	40
Río seco.....	42
La creciente.....	44
Ardiente remedio	47
<i>Amcka</i>	49
El <i>usamicoj</i>	54
El perro rabioso	56
<i>Soncko ckómer</i>	60
El colibrí.....	63
<i>Paaj</i>	65
<i>Tanta micha</i>	66
De <i>pallana</i> y otros juegos	67
La comadreja.....	69
Clave	72
Coshmi II.....	74
Primavera	75
III.....	77
Una carta y un libro	78
Vocabulario	80
Anexo 1: Jorge Washington Abalos: Una historia con y sin víboras.....	82
Anexo 2: Textos de Jorge Washington sobre <i>Coshmi</i>	86

Páginas Coshmi	86
Coshmi	87
La noche	87
Carroñeros	89
Contraportada	91

A Leonie, mi mujer

I

*En la soledad del monte
me puse a llorar mis penas...*

Viaje

Abovedada por los altos quebrachos, la picada era una boca en la que se sumergía mi vida joven. El bosque asumió condición de monstruo; un monstruo con presencia de siglos, de siempre. La primera persona cambió de ubicación y no era yo quien se metía en el bosque, sino el bosque que tragaba un intruso.

A medida que el carro crujidor, guiado por un carrero ajeno e indiferente – elemento más del bosque, como lo eran el carro mismo y las cinco mulas–, penetraba en ese ojo de la espesura, yo me iba convirtiendo también en parte del bosque. Sentía en mis carnes cómo me digería el delgado intestino de la bestia. Partículas de mí entraban en difusión alimentando los árboles y los cuadrúpedos salvajes y los murciélagos y las aves y los gusanos y las hormigas y los microbios que disgregan los árboles caídos. Yo era alimento del bosque, quimo en la tripa interminable de la picada. Lo que de mí saliera – ¡cuándo!– serían los residuos regurgitados por la monstruosa ameba vegetal.

Un agujero en el techo verde que liberaba a un cielo total, me produjo vértigo; pero me sacó de la pesadilla. La espalda del carrero se movía al rítmico tranco de la mula que montaba y el ramaje orillano rayaba sonido áspero en sus guardamontes de lona. Los talones del hombre no se estaban quietos un instante. Después del silbido circular, el arreador caía sobre el lomo de los animales –golpe más caricia que castigo– con inocua frustración de ladrido sin diente. Todo esto entre chasquidos de lengua alentadora y diálogo-monólogo:

–”¡Machoooo!... ¡Mula!...”

Los animales caminaban ajenos a este despliegue; pero sus ojos no perdían de vista el arreador.

Yo no era yo. Mi incógnita no era el destino que me esperaba, sino mi actitud ante ese destino. No era miedo a lo que me esperaba, sino miedo de mí.

La ciudad –allá lejos, en distancia-tiempo de ferrocarril, camión y carro sumados– era casi ilusión que empapaba las carnes; sólo recuerdo. Las últimas imágenes familiares comenzaban ya a desdibujarse, haciéndose irreales.

Estiré las piernas, acalambradas por la posición a que me obligaban los bultos de la carga y las horas. Las nalgas molidas recibían anestesiadas el golpe de los baches del camino a través de la rígida arquitectura del carro.

Desembocamos en un abra que dio alivio a mis ojos. La brisa jugueteaba en las matas de aibe que cubrían toda la extensión, casi limpia de árboles. El olor del pasto fresco se mezclaba con el áspero del humo del cigarro de chala que esgrimía la boca del carrero. A lo lejos, los avestruces estiraban sus cuellos

con cabeza increíble. Hacia el naciente, un grupo de cuervos planeaba en círculo siniestro.

Las muías relincharon husmeando la querencia; a duras penas el carrero lograba ajustar su ritmo al paso acelerado que después de horas sacaban los animales.



Llegada

Cuando terminamos de descargar los bultos en el patio de tierra, entre las dos elementales construcciones de palo a pique y tierra amasada, el carrero se fue. Me sentí tremendamente desolado.

Hasta que obscureció me ocupé de meter en el rancho más pequeño mis pertenencias. Armé uno de los armarios que me habían dado para la escuela ésa que debía instalar aquí, en el borde del Chaco austral, a orillas del Salado. Luego de haber ensamblado las piezas del mueble, al intentar enderezarlo comprobé con desaliento que no cabía en el rancho, cuyo techo de dos aguas disminuía la altura. Excavé a punta de cuchillo una zanja en el lugar más espacioso, junto al puntal que soportaba la cumbrera y logré ponerlo vertical.

Me senté, cansado y deprimido. Como no tenía leña para hacer fuego, abrí un paquete de galletas y otro de ciruelas secas y comencé a comer, lentamente, la primera cena de este mi lugar de destino.

No sé si me dormí sentado en el banco de la escuela que había puesto de asiento en el rancho. Me sobresaltó un ruido persistente de algo pesado que raspaba la pared exterior. Mis cinco sentidos se alertaron. Tomé la carabina y salí con precaución, desplazándome en arco abierto para sorprender al intruso por detrás. Era sólo un burro que rascaba su sarna en uno de los horcones esquineros.

Armé malamente el catre y me eché a dormir.

El paisaje

Cuando desperté, no era solamente que no sabía quién era yo, sino que no tenía noción de qué era. Nunca he tenido tal incapacidad de entender mi circunstancia. Poco a poco, por el incesante trino de los cardenales, comencé a tomar conciencia del Mundo que me rodeaba; esto me hizo recuperar noción de mí mismo. Esa enorme sombra del armario que dividía en dos la habitación, y la vislumbre en el cuarto comenzaron a cobrar sentido. Algunos dolores musculares me recordaron el traqueteo de la víspera. Me levanté, me vestí y salí al patio. La luz de un día radiante me resultó agresiva. Había llovido durante la noche; pero el Sol diluía las últimas nubes. La atmósfera lavada era de una diafanidad increíble.

El río, seco en esta época del año, parecía una insólita quebrada en la llanura. Luego de recorrer un lecho sin definición formando inmensos bañados, se encauzaba aquí y los meandros excavaban barrancas profundas.

A mi espalda, el bosque –ese cuya profundidad había calado ayer en el carro de mulas– se transformaba en este monte bajo que parecía abrazar en herradura el terreno limpio, casi al borde del río, en donde estaba instalada la escuela.

El local escolar era un rancho largo y angosto cuyo techo, cubierto por espesa capa de tierra, dejaba ver hirsutos mechones de paja. Frente a él, la “vivienda del maestro”, a cuyo lado un refugio de quincha hacía de cocina. Dos enormes algarrobos cobijaban las construcciones.

Me encaminé hacia el río a cuyo borde me asomé. En el canto de la barranca de enfrente, un árbol se mostraba en equilibrio imposible, prendido apenas por la mitad de su raigambre; por acción de las aguas que habían producido desmoronamientos en la pared, la otra mitad se mostraba desnuda, pareciendo las raíces manotear el vacío.

Desde el monte cercano se oía el áspero parloteo de las charatas; en lo inmediato, el trinar de cardenales, zorzales, jilgueros... Me resultaba insólito verlos en estado silvestre.

Regresé lentamente hacia la escuela. Me sentía extranjero.

Cuando llegué al rancho, un delicioso aroma de café despertó en mis entrañas una dormida sensación de hambre. Me acerqué a la quincha en donde una columnita de humo de fogón mostraba señales de vida humana. De allí salió una chinitilla de apenas doce años, delgadita, de ojos rasgados y facciones delicadas. Tapándose la boca con el dorso de la mano y como si el expresarse le significara casi un suplicio, me dijo:

–Soy Elo, señor. ¿Quieres café, señor?

Elo me sirvió un jarro de café y desató la servilleta que traía, mostrando una tortilla cocida al rescoldo, con ampollas tostadas en la dorada superficie. Entré en la habitación y traje un paquetito de galletas dulces. Al recibirlo, sonrió.

Cuando le dirijo la palabra se limita a mirarme y sonreír. Así nos estamos: yo mastico la tortilla a grandes trozos; ella, en posición lateral, bebe su café a traguitos cortos y mordisquea casi con pudor la galleta.



Eros pedagógico

Aquí estoy ante los alumnos de esta escuelita-rancho que me ha tocado en suerte. Hace apenas un par de días que he llegado. Veinticinco caras morenas, en las que no puedo descubrir los sentimientos, me miran desde los bancos. Pienso que esto no me está ocurriendo a mí, un muchachito maestro rural de dieciocho años aún no cumplidos.

Me levanto de la silla del escritorio y me dirijo al pizarrón, en el que escribo mi nombre. “Ése soy yo.” Veinticinco caritas impasibles me miran.

Ignoro qué es lo que dije o pretendí enseñar ese día de mi estreno como maestro. Recuerdo que no logré de ellos respuesta alguna.

Al terminar la clase del día, los chicos formaron ante la bandera, la que fue arriada. El “hasta mañana” tuvo su eco: “Hasta mañana, señor”. La fila comenzó a desgranarse. “Que les vaya bien”, agregué y me volví al aula, sentándome al escritorio.

Con asombro vi que los chicos me habían seguido y se ubicaban en sus bancos. Entonces lo entendí: del idioma castellano ellos sabían el “hasta mañana”, pero no más que eso. Me quedé mirándolos, abrumado. Nunca en mi vida he tenido como aquella vez tal impresión de sentirme rebasado. Me levanté y comencé a caminar entre los bancos. No sabía qué hacer. En una de las pasadas, Lula me tomó la mano y me sonrió. La calidez del gesto y el contacto con esa manita me hizo comprender que “Eros pedagógico” es, simplemente, amor, mutuo amor.

Encaré al grado nuevamente: “Hasta mañana, señores”.

Los chicos se fueron.

II

*Pensamiento que vuelas
más que las aves...*

Atardecer

Por el camino pasa un chango; arrima su caballo al alambrado de la escuela y me grita:

–”¡Adiós, señor!”



Desde el patio en donde estoy sentado le respondo con la mano. Estiro las piernas y la articulada hamaca chaqueña se pone casi horizontal.

Gozo de este atardecer mirando irse el día. Los *chillilos* pueblan el cielo con sus vuelos de giros impredecibles. En un árbol seco de la barranca del río, un *quitilipi* majestuoso, de tamaño increíble para búho, destaca su silueta; su estatismo da continuidad a la rama seca en la que está posado. Se cuentan muchas cosas sobre él y sus andanzas nocturnas...

Es ésta la hora más bella. El calor ha cedido. El viento norte afloja su presión. Todo se vuelve plácido. Pronto comenzará a lucir en lo alto *Chaska Koyllur*, el lucero, avanzadilla temeraria de la noche.

Han transcurrido más de cuatro años desde mi llegada a este lugar. Esta casi pastoril forma de vivir que me pareció ingenua, chata y gris al principio, se ha ido poblando hasta configurar todo un Universo nuevo para mí. Vine aquí a dar, a imponer conocimiento. Ya veo que me ha ocurrido lo que ocurre siempre a los conquistadores... Por eso es que quiero recordar algunas de las muchas cosas que estos chicos me mostraron y me enseñaron de su mundo maravilloso.

Tengo para mí que se estableció una sutil línea divisoria de dos actitudes: en el aula, yo era quien enseñaba; en el recreo era yo quien aprendía. De ese toma y daca sé ahora quién salió ganancioso.

Un riel, una campana

La zorra, que en lenta marcha de mulas fuera hace dos días a la lejana estación de ferrocarril, me ha traído un trozo de riel, obsequio del jefe. Con buen criterio, éste ha enviado un extremo de la vía con un agujero por donde podré pasar un grueso alambre para colgarlo de una rama del algarrobo del patio. Hará las veces de campana.

El golpe dado con la barra de hierro produce un tañido cuyo toque anuncia el comienzo y el final del recreo.

Vale la pena acotar aquí que el toque de terminación del recreo sólo indica a los chicos que deben completar sus juegos y una vez concluidos, entrar a clase. Debemos comprender que ciertos partidos, como los de bolitas o *anchitos*, no pueden suspenderse en cualquier momento, pues se crean conflictos sobre la propiedad de los elementos en juego y se producen luego, en el aula, discusiones en voz baja que entorpecen el desarrollo de la clase. Algunas veces, el calor del lance hace prolongar el partido demasiado, y cuando los participantes vienen al aula y nos encuentran enfrascados en la tarea, se detienen en la puerta con grandes ojos sorprendidos y cara culpable. Los ignoro un rato, poniéndolos en evidencia, y luego les hago una seña con la cabeza indicándoles que pueden entrar.

Pero... les hablaba del trozo de riel. Si bien sirve para anunciar los recreos, no se oye a distancia como para llamar a los chicos, los que vienen desde varios kilómetros a la redonda.

Pedí por correo una sirena. Ahora lanza su alerta que se escucha bastante lejos. Doy con la mano movimiento a las manijas y el pito emite un prolongado lamento. Cada mañana la sirena anuncia a los alumnos que es hora de venir a la escuela.

Es a mí ahora a quien despierta la sirena cada mañana. Buñi y Shalu llegan tempranito y ellos hacen la llamada. Por nada del Mundo se perderían ese gusto.

Cuando en el patio se iza la bandera antes de entrar a clase, los chicos entonan *Aurora*. Yo me emociono como un tonto; eso me ocurre todos los días.

Cielo estrellado

Ha caído una helada de esas que pelan. El frío de anoche y el cielo despejado lo anunciaban. Los chicos van llegando a la escuela en esta mañana, con sus narices enrojecidas, encogiditos de frío. Muchos de ellos tosen. Se acercan a la fogata del patio en la que las ramas de *jume* arden juguetonas. Los chicos se acurrucan alrededor del fuego. Algunos de ellos meten los pies desnudos en la ceniza tibia. Pronto comenzará a hervir el agua para el mate cocido. En un balde que permaneció a la intemperie la noche anterior se ha formado una gruesa costra de hielo. La saco para mostrarles la intensidad de la helada. Es un disco que debe de tener más de dos centímetros de espesor. Luego de explicarles cómo es que el agua se solidifica, hago ademán de arrojar el trozo de escarcha. Ansha me detiene:

–No rompas la *ckaza*, señor. Si lo haces, se levantará un viento frío.

Coloco cuidadosamente la escarcha cerca de la pared del rancho para que nadie la pise. Vuelvo a la rueda. Ili, que está sentado a mi lado, me comenta:

–Dios ha estado muy contento anoche.

–¿Cómo lo sabes?

–¿No has visto, señor, cuántas estrellas había en el cielo?

–¿Vos te alegras, Ili, cuando Dios está contento?

–¡Es claro, señor!

–Entonces... ¿te portas bien para que él esté contento?

Ili me mira sin comprender.

Imasi maria sima

Aunque ya hemos tomado el mate cocido –lo hemos bebido hirviendo, soplando en el jarro a cada sorbo–, nos dejamos estar alrededor del fuego. El aula es un enfriadero.

–¿Qué les parece, changos, otro jarrito de mate?

–¡Meta, señor!

Mientras las chinitillas inician las tareas para preparar la nueva “tachada”, Shigu propone:

–*Imasi maria sima.*

–*Ima* –respondo, aceptando el juego de las adivinanzas.

–*Imataj:*

*Saltaba como una taba
y la cola le faltaba.*

Todos nos quedamos pensado. Lisha da con la respuesta:

–¡El sapo!

El ganador es quien propone la adivinanza siguiente:

*–Campo, campo: Plaj, plaj.
Barro, barro: Chucu chucu.*

Nadie resuelve el acertijo.

–También es el *ampatu*.

Como Lisha no recuerda otra adivinanza ahora, cede su derecho a Antu, quien, impaciente, “no corta por hincar”:

*–Barro bola,
garza buche*

(Una bola de barro que parece el buche de la garza.)

Cuando todos nos rendimos y Antu da la respuesta, nos reímos a carcajadas; es “el codo”. El rugoso buche de la garza da una excelente comparación.

Las adivinanzas se suceden, a cual más ingeniosa. Algunas de ellas caracterizan a un animal o a una planta. La del quebracho blanco, dice:

*Huarmin alta
caravanasnin palta*

(Mujer alta con aretes anchos.)

Los aretes se refieren a los grandes frutos chatos y ovalados de este árbol.

La adivinanza de la langosta es muy gráfica:

“Tiene cara de vaca, con los dientes en la pata.”

–Señor, ¿vos no sabes algún *imasi maria sima*?

–Les diré uno:

*Siempre quietas,
siempre inquietas;
durmiendo de día,
de noche, despiertas.*

Cuando les digo que son las estrellas, ellos entienden bien, y lo celebran.

La adivinanza que en su brevedad me resulta más descriptiva de las que ellos proponen, es la que determina al “sacha pollo”, ese pajarito inquieto, que corre velozmente moviendo las patas “como un cristiano”; es de vuelo corto y anda siempre entre el ramaje, casi a flor de tierra:

*Talap llockan,
tanckas chockan.*

(Sube al tala y, empujándose, se arroja.)

El Sol ya calienta. Entrar al aula es ahora más piadoso.

–Antu, toca la campana –indico.

El nido de catas

–Che, Ausha, ¿qué es lo que hacen esos salvajes, amontonados debajo del alero?

–Espérate, señor –dice Ausha, riendo–; ya vas a ver.

En ese momento los chicos sueltan un ave de extraña coloración azul y roja. Aleteando ruidosamente, el pájaro se dirige al nido de cotorras ubicado en lo alto de un quebracho cercano. Los chicos se arriman al árbol, dispuestos a divertirse. La escena que se desarrolla arriba es digna de verse: los moradores del conventillo que es el enorme nido con sus numerosas bocas, de esas aves gregarias, rechazan con picotazos y bullicioso cotorreo al pajarraco, impidiéndole la entrada.

Ya veo lo que han hecho estos tipos: capturaron una cotorra de esa congregación y le pintarrajearon el plumaje hasta hacerla irreconocible. Ahí está ahora la cuitada en una rama alejada del nido, sin entender lo que ocurre. El alboroto ha cesado. La proserita expresa de vez en cuando su indignada protesta.

Idaco viene hacia mí mostrando un dedo ensangrentado :

–Curame, señor.

Mientras nos dirigimos hacia el aula para sacar el botiquín, le digo:

–Te mordió la cata... ¿no?

Él asiente, respondiendo en quichua algo que puede traducirse:

–Valió la pena. Mírala, señor; está ahí sola, apartada del rincón como pollo recién comprado.

–¿No te parece que eso que han hecho es demasiado cruel? –le pregunto, también en idioma indio.

Me mira a los ojos:

–Has dicho que las catas son una plaga, ¿no?

Él sabe que está haciendo trampas. Devuelvo su mirada. Cambió el frasco que estaba por utilizar y en vez de agua oxigenada echo alcohol puro en la herida. Yo también sé jugar sucio. Él ni mosquea.



Castigar el sandial

–Buen día, señor.

Es Nachi quien llega, mostrando con su sonrisa sus grandes dientes de blancura increíble. Podría suponerse que procura lucir con su permanente sonrisa la dentadura; pero es incapaz de especular con eso.

–¿Cómo andan las sandías este año? –le pregunto–. Veo que ustedes han sembrado un buen tablón. Creo que tendrán excelente cosecha.

–Sí, señor, está lindo el sandial.

–Te vi días pasados cuando estabas castigando las plantas. ¿Con varillas de qué árbol lo hacías?

–Con ramas de punua, señor.

–Muy bien. Es lo indicado para que se den muchas sandías. Pero... Nachi, ¿limpiaron de yuyos el sembrado?

–No, señor.

–Para que el castigo con punua haga efecto, hay que arrancar los yuyos y aporcar las hileras.

–¿Vos crees que así es mejor, señor?

–Sí, Nachi.

Varios chicos han llegado en el intervalo. Lula me pregunta:

–¿Sabes, señor, el *imasí maria sima* de la sandía?

–No...

–*Tinaja verde,
agua colorada.*

–¿Te gusta la sandía, Lula?

–Muy mucho, señor.

Amashu comenta:

–Para la época de la sandía uno *ishpa* mucho.

Todos nos reímos.

Los coyuyos

El coro de los coyuyos en los algarrobales hace un volumen de sonido que parece ocupar todo el espacio.

Cuando alguno de estos insectos, que pueblan por millares los árboles, cae al patio, los chicos lo toman delicadamente y si no logran hacerlo volar lo colocan en un lugar resguardado, de modo que nadie lo pise.

–¿Por qué cuidan con tanto interés a las chicharras, Mashi?

–Ellas hacen madurar la algarroba, señor.

–Bueno... suponiendo que así fuera, son tantos los coyuyos que uno más o menos...

–Pero ... si la gente los matara, aunque sea de a poco, alguna vez se terminarían.

–¡Bah!... no te preocupes por eso. Los insectos ponen tal cantidad de huevitos que pueden reponer con creces a los que mueren. Todos los adultos mueren en cada temporada.

–No, señor... Los coyuyos son los mismos todos los años. Ellos no mueren; dejan el pellejo en cualquier lado y luego se entierran. Allí se están, esperando hasta el año siguiente.

Buñi confirma, cantando la copla:

*Soy lo mismo qu'el coyuyo,
cada año salgo a cantar:
domingo, lunes y martes,
tres días de carnaval.*

–¿Quieres ver, señor, lo que te digo?

La chinitilla se va corriendo hacia uno de los algarrobos y vuelve luego con la exuvia completa de un coyuyo, la que conserva magníficamente la forma del insecto.

–¿Ves, señor, cómo está partido el pellejo por el lomo? Por ahí sale el coyuyo y se va a enterrar después. ¿No has visto cuando cavas bajo un árbol, que aparecen a veces algunos coyuyos? Esos son blancos, tiernitos y sin alas.

–Les explicaré cómo son las cosas en realidad: la piel esa que muestra Mashi ha sido abandonada por el adulto; al mudar se convierte en alado y nunca más

regresa al suelo. Lo que se encuentra bajo tierra son las larvas del insecto, las que surgirán a la superficie años después.

–Señor, vos dices... ¿años después?

–Sí, Lisha; en algunas especies hasta diecisiete años después de haber nacido la pequeña larva.

Los chicos me miran sorprendidos.

–¿Cuántos años tienes, Lisha?

–Ocho, señor.

–Saca la cuenta: cuando de los huevitos puestos este año por esos coyuyos, salgan a la superficie los insectos alados, vos tendrás... ¿cuántos años tendrás?

El chango inicia trabajosamente la operación, utilizando los dedos de las manos y –sospecho– de los pies.

–¡Veinticinco años! –dice asombrado– ¡Ya habré hecho el servicio militar!...

La jácara de las cigarras se hace insoportable por momentos; cuando esto ocurre no se ven pájaros en las inmediaciones. Buñi coplea a pleno pulmón:

*Deja de cantar, chicharra,
que ya m'estás atontando.
Anda cantale a tu agüela,
decile que yo te mando.*

Isha me tironea de la manga. Me agacho hasta ella.

–A que no sabes, señor, cuál fruta hacen madurar las chicharritas cuando cantan –me propone.

–No lo sé, Ishu.

–Hacen madurar el piquillín, señor.

La miro, mostrando asombro:

–¡Tan chiquita y sabes tanto!...

–Ya no soy chiquita, señor.

–¿No? ¿Y qué sos, entonces?

–Ahora soy grandecita.

La miro con actitud estimativa:

-Es cierto... Es que ya tienes más de seis años...

Coshmi I

Miro la bandera que se sacude en su asta. Hoy estrenamos una nueva, de lanilla. Poco quedaba de la anterior, a la que el viento fue deshilachando. Al llegar a la escuela, Shimu la descubre y exclama:

–”¡En, bárbaro, che!...”

En el piso de tierra un grupo de changos juega a las bolitas. A juzgar por las discusiones, en las que el idioma quichua que emplean los rivales suena percutiente, es un lance duramente competido. Si se trata de temas comunes, la lengua que emplean los chicos es la castellana, aprendida en la escuela; pero cuando se apasionan surge el quichua, idioma en el que ellos ajustan mejor el término y precisan la intención sin dejar dudas.

Entre los changos juega Coshmi, quien participa silencioso del partido. Su actitud tiene dignidad, aunque su vestimenta se reduce a una camiseta corta que deja al aire sus partes pudendas; pero nadie se extraña de ello ni se da por enterado. En este momento, a cuatro pies, mide cuidadosamente un tiro con su bolita puntera.

Cuando suenen las campanadas que dan por terminado el recreo, Coshmi recogerá sus elementos de juego y se meterá en el monte rayano; allí esperará el recreo siguiente. Es casi un animalito silvestre. Su madre anda campeándolo:

–”¡Coshmi, hua!” (¡Coshmi, hijo!)

Los changos suelen gritar en son de burla:

–”¡Cosh-ni hua!” (¡Hijo del humo!)

Durante semanas él había espiado desde las matas de *jume* el movimiento de los chicos en la escuela. Poco a poco se fue acercando, hasta que se animó a jugar en los recreos. Yo lo ignoré para no espantarlo; un día lo hice capturar y le coloqué, pese a sus desesperados esfuerzos por desasirse, pantalón y alpargatas. Sujeto como potro cerril, hubo de escuchar lo que en quichua procuré explicarle. Cuando lo soltaron, salió bellaquiando y despidió pantalón y calzado por el aire. Tardó varias semanas en reaparecer. Viste siempre de rigurosa camiseta.

Coshmi dispara su bolita y se vuelve hacia mí como si sintiera que lo miran.

Cuando en el recreo siguiente se sirve el mate cocido, se acerca nuevamente; él ya tiene un tarrito en el que se le da el mate como a uno más de los alumnos.

Sentado en el suelo, Coshmi come su pan, que moja en el mate, imitando a los otros chicos.



El hormiguero

Los chicos me habían pedido la lupa para mirar las hojas de las plantas. El cristal de aumento los fascina. Lisha viene corriendo y me llama:

–”¡Vení, mirá, señor!”

Dejo el libro que estaba leyendo y lo sigo. Un grupo de chicos rodea el hormiguero ubicado en una esquina del terreno de la escuela. Es un hormiguero enorme contra el que nunca he intentado luchar; además... ¿para qué? Nada hay en este peladar para defender de las hormigas. En un diámetro de ocho metros se eleva apenas sobre el blanquizar y se destaca por la tierra colorada que sus diligentes moradores extraen desde lo hondo. Los caminitos de las hormigas salen de las distintas bocas e irradian en todas direcciones. Son unas hormigas marrón rojizas, grandes, con fuertes mandíbulas.

Me acerco al grupo de changos. Ellos ríen y festejan algo, bulliciosamente. En uno de los senderitos, Gunsha aplica los rayos del Sol concentrados por la lupa en una hormiga de la hilera que transporta trocitos de hojas. Al ser flechado por la quemazón, el insecto se dobla en dos y, sintiéndose agredido, muerde furiosamente a su vecino, quien a su vez muerde a otro, éste a otro y así y así hasta que el sendero se convierte en campo de batalla. Gunsha repite la aplicación de su “rayo de la muerte” y crea focos de conflicto en distintos lugares. A veces, al ser tocada por la punta de calor, la hojuela que lleva la hormiga se consume emitiendo una columnita de humo.

Aprovecho la oportunidad para hablarles del hormiguero, esa urbe subterránea con su organización, sus castas, su gobierno regido por la reina. Ellos aprenden que las hojitas que acarrear sirven de abono para enriquecer el manto en el que cultivan los hongos de los cuales se alimentan...

Los chicos miran el hormiguero; pareciera que trataran de penetrar el misterio de vida que se desarrolla bajo sus pies.

Aguchu recita:

*Cuando tengo que hacer quesos
pa' pagar a mis mensuales,
de la leche de una hormiga
los saco de a ocho reales.*

Ishu se me acerca. Con timidez, la chinitilla se propone una adivinanza:

–*Imasi maria sima.*

-Ima –respondo aceptando.

-Imataj *Mulita tropa mana tropelnioj.*

(Tropa de mulitas que no produce tropel.)

Pienso un rato y, luego, digo:

-Me rindo, Ishu.

Ella me mira y dice, satisfecha y avergonzada, mordiendo el cuello de su vestido:

-Las hormiguitas, señor.

Coplero

–Te vendo versos, señor... –propone Amashu.

–Bueno.

Ya uno de los changos ha ido a traer una silla. Otro saca del escritorio del aula la *Libreta de Cantos* y me la entrega. Elías desprende del ojal de su guardapolvo el deshilachado piolín y me alcanza el tercio de lápiz.

Los chicos se acercan y nos rodean. El imán de las coplas barre el patio y centra las limaduras en un polo. Coshmi se ha hecho humo.

Amashu Gómez tiene grandes ojos negros, tristonos, orlados por rectas pestañas. Él pocas veces ríe. Amashu recita los dos primeros versos:

*Aquí está este pobre mozo
como espina de un tunal...*

Se detiene y me mira. Todos los chicos me miran. Le indico que siga, pues no tengo registrada esa copla. Él continúa:

*Por una prienda que quiero
me han sentenciado en el mal.*

Anoto la copla. Los chicos aprueban, satisfechos. Algunos de ellos la copian en sus cuadernos. Joshela marca una raya en el suelo.

Las coplas se continúan. Amashu recita la primera parte, se detiene y me mira. Yo asiento. Amashu recita el resto. Joshela marca otra raya en el suelo.

Amashu cierra su cuaderno y me mira con sus grandes ojos “pestañas de suri”. Voy a mi cuarto y traigo sesenta centavos, importe de las doce coplas nuevas que ha aportado a mi colección. Amashu coloca las monedas en su pañuelo y aprieta un cuidadoso nudo.

Antu Castaña me propone:

–Te vendo un verso.

Los chicos se acercan; cuando Antu interviene en algo, la cosa es para divertirse. Él comienza :

*Yo no canto en el fandango
porque mi china no quiere...*

Antu se detiene y me mira con cara picara. Yo completo la copla y la invalido:

*Ella dice que cantando
enamoro a las mujeres.*

Antu –es parte del juego– pone cara desolada y se retuerce todo, entre alharacas de dolor. El tipejo tiene gracia. Los chicos celebran las habilidades bufonescas de Antu.

–¿Alguna de las chicas tiene versos para decir? –largo sin pensar.

El grupo de chinitillas se contrae. Todos me miran con sorpresa. Yo intuyo la crítica y salgo del paso agregando con tono irónico:

–Las mujeres cantando... ¡Dónde se habrá visto!

Los chicos aprueban. Yo he aprendido algo más. Para demostrar soltura, agrego:

–Ahora les diré yo un verso:

*Oiga mi amigo cantor,
una pregunta le haré:
El diablo, pa' Santa Fe,
¿en qué caballo se fue?*

Algunos chicos copian los versos en sus cuadernos. Yo desafío:

–Cincuenta centavos a quien dé la respuesta.

Los ojos brillan. La realidad es que les estoy haciendo trampas, pues no hay respuesta. Los chicos me miran. Shiba Ledesma (Shiba pocas veces habla) se destaca del grupo y se adelanta:

*Oiga mi amigo cantor,
la respuesta le daré:
El diablo, pa' Santa Fe,
en un tordillo se fue.*

Quedo de una pieza. Los chicos festejan alborozados el triunfo de Shiba.

Joshela se acerca; con un palito marca diez rayas a mis pies, y me mira. Me dirijo a mi habitación a traer el importe del premio. Algunos chicos me siguen, riendo y saltando. Traigo un crujiente billetito de cincuenta centavos y se lo entrego a Shiba, dando silenciosas muestras de dolor. Josefina me toma de la mano y me comenta:

–Te han jodido los chicos, ¿que no, señor?

Muestro cara compungida y asiento.

Acompañado de algunos changos, Shiba va hacia el almacén ubicado sobre el camino. Cuando regresa, trae diez dorados panecillos franceses. El pan se reparte salomónicamente, en mitades. Shiba me ofrece un trozo; se lo acepto, y todos nos sentamos a tomar el jarro de mate cocido que las chicas han preparado.

Ernesto, que había comenzado a trepar al algarrobo del patio para hacer una monería, se desarbola viniendo al suelo.

–”Cayó como tuna madura” –comenta Gunsha.

Todos nos reímos. Entre dolorido y avergonzado, Ernesto se sacude la ropa. Cuando se acerca, Cunshi le ofrece su trozo de pan y el humeante jarro de mate. Ernesto arrima su nariz al recipiente y luego de aspirar los vahos entorna los ojos expresando infinita satisfacción.

Guilli Llampa

Shofa lee una página ante el grado:

Guilli Llampa murió en la puna jujeña. Su muerte me despierta un dolor profundo, casi visceral. Sé que su recuerdo me mortificará siempre, porque, dentro de mí, él se morirá mil y mil veces.

Ese collita moreno, de ojos ligeramente rasgados, de cabello áspero y renegrado, con ojotas, poncho de llama y sombrero ovejuno; Guilli el pacífico, el benévolo, el dulce, el suave como su apellido quichua lo sugiere, murió porque quiso aprender a leer. Él deseaba agrandar el horizonte que le cerraban los escabrosos picos andinos; y día tras día, trepando cerros, bordeando hondonadas, bajando cuevas iba a la escuela silvestre en donde, con un grupo de changos como él, aprendía el abecedario y comenzaba a comprender que pertenecía a una patria mucho más grande de lo que sus montañas le dejaban ver.

Esa fría mañana Guilli regresa de la escuela a su casa. El camino es largo y escarpado; pero él es un montañés con pulmones de altura y pantorrillas de acero. Su sobado libro de lectura –que muestra niños rozagantes, limpios, de blancos guardapolvos– y su cuaderno con desprolijas puntas enrolladas, llenas de signos trabajosamente escritos al lado del fogón, se aprietan en su mano. Guilli camina y camina. En su rancho de piedra y barro lo espera el abrigo seguro, el fuego encendido, el locro humeante y la tibieza acogedora del cariño de su madre. Apresura el paso; él piensa ahora en la tortilla cocida al rescoldo. Al llegar a una meseta, el ramalazo del viento helado lo conmueve. Unas rocas le ofrecen refugio tentador. Descansará un rato y luego seguirá. Se acurruca y se siente cómodo. Poco a poco va cayendo en una grata modorra...

En el cielo azul acerado, *Chaska Koyllur*, el lucero, comienza a brillar tenuemente; Guilli se ha quedado mirándolo...

(Guilli Llampa duerme tranquilo. Un gran suri blanco, el espíritu de la montaña, vigila su sueño y lo arropa con sus alas. Como un gran ojo del cielo, *Chaska Koyllur* lo mira.)

En el aula, los chicos han quedado silenciosos.

Quillitu

Estamos sentados alrededor del fuego, gozando del calorcito en esta mañana de invierno.

Algunos chicos juegan al *Quillitu*. Han tomado un trocito de caña de simbol y, encendiéndolo, uno de ellos se lo coloca en la boca y lo pasa luego a su vecino, mientras se desarrolla este diálogo:

–Vendo *Quillitu*. *Quillitu* te venderé.

–¿Cuánto vale *Quillitu*?

–Diez arrobas de ancós.

–Yo te lo compraré.

–¿Y si muere *Quillitu*?

–Con el cogote lo pagaré.

Mientras se van pasando el simbol encendido, quien lo sostiene debe evitar que se apague. Cuando esto ocurre, el que lo tiene debe pagar con su vida la muerte de *Quillitu* y es sometido a decapitación. Cuando Antu es el ajusticiado, al darle en la nuca el canto de la mano del verdugo, él hace un movimiento con la cabeza, la que parece haberse salido de su lugar, y luego se desploma espectacularmente. ¡Este tipo haría un gran actor!...

–Che, Rucha, *Quillito*... ¿qué quiere decir?

–Es “lunita”, señor. ¿No te acuerdas que *Quilla* es la Luna?

–¡Es claro!... Soy un tonto, Rucha; tendría que haberme dado cuenta.

–No sos tonto, señor; sólo es que hay cosas que no sabes.



Ishico

–Señor... el Ishico me ha dicho malas palabras –denuncia Lula.

Su entrecejo fruncido, su cara toda procura transmitir indignación.

Cierro el libro, me incorporo de la silla y ordeno:

–"Que el acusado se presente."

Unos voluntarios traen al reo. Ishico, con su rapada cabeza metida entre los hombros y su mirada huidiza, es la imagen de la culpa.

–¿Cómo han sido las cosas? –indago.

Lula concreta el cargo:

–Él me ha dicho: *"Ojala te voltie la mula cuando vuelvas a tu casa"*.

Todos nos miramos y ponemos cara de solterona horrorizada. Ishico zambulle más la cabeza entre sus delgados hombros. No intenta defensa alguna. Su silencio es aceptación de culpa.

–¡No puedes decir malas palabras! –bramo–. ¡No debes! Mañana traerás una página entera, *en-te-ra*, en la que escribirás: "No debo decir malas palabras".

Pienso que la pena no es suficientemente severa y agrego:

–¡Con letra chiquitita!

Satisfecha, Lula se aleja saltando. Quedo solo con el reo, quien me inspira profunda lástima. Está aquí parado; sabe que no puede retirarse hasta que se lo ordene. Es ahora la imagen de la desolación. El dedo grande del pie, que escapa por un agujero de su deshinchada alpargata, repasa rayas en el suelo. Su rapada cabeza me hace pensar en un presidiario. Mantiene los ojos bajos, pero sé que no me pierde pisada.

–¿Qué es lo que pasó? –le pregunto luego de un rato.

No responde.

–Vamos, mi amigo, ¿qué pasó?

–Mira, señor –se resuelve–. Ella me ha dicho primero: *"Te han pelado como a tuna pa' hacer arropo"*.

A duras penas contengo una buchada de risa. En el reconocimiento del lunes último se detectaron "habitantes" en la cabeza de Ishico. Cada semana se hace una inspección a fondo del pelo de los chicos. Tengo excelentes espulgadores a quienes no hay piojo ni liendre que escape de control. Sometí luego a Ishico

al drástico tratamiento de repararlo con la máquina Nº 0. Bueno... debo aclarar que la piojera no es pecado mortal aquí. La medida que he tomado con él ha sido estrictamente sanitaria y contando con su consentimiento; en modo alguno constituye una sanción.

–Ella ha hecho mal; pero eso no es razón para decir malas palabras. ¿Es razón? –recalco ante su silencio.

–No, señor.

Sigo leyendo un rato.

–Puedes irte –le digo sin mirarlo.

Él se va, pero lo siento rondar. Luego se acerca.

–Señor... –intenta tímidamente–. Tengo un *ashpa mishki* cerca del río. Lo he descubierto ayer.

–¿*Atum can*? –me intereso.

–Parece que sí, señor –dice, alentado, en su propio idioma–. Debe ser grande porque salen muchas abejas por la boca. Debe estar como a metro y medio de hondo.

–¿Vas a cavarlo?

–Sí, señor, mañana.

–Cuando lo saques, convidame con la flor de la miel.

–Sí, señor –Ishico sonrío.

Le indico que se acerque y se agache. Él se hinca de rodillas y apoya sus manos en mis piernas. Palpo su cabeza:

–Esta tuna no está bien pelada para arrope –comento.

–¿Tiene janas? –me mira.

Tanteo nuevamente su cabeza pasando la palma de la mano sobre las erizadas espinillas que son sus nacientes cabellos;:

–Tiene janas –confirmo.

Él se ríe, se incorpora y se va.

Por el camino, una manada de yeguas pasa al trote, levantando una nube de tierra.

Tacko pallana

–¿Qué tal está la algarroba, Ili?

–*Ancha mishki*, señor –responde–. ¿Quieres un poco?

–Ahora no, gracias. Tienen realmente aspecto de ser muy dulces. ¿Ha sido buena la cosecha este año?

–Sí, señor; en el verano cantaron mucho los coyuyos.

–¿Juntaron abundante fruta?

–El *tacko pallana* fue muy bueno.

–¿Quedan lejos los árboles?

–No, señor; hay algarrobales como a dos leguas para el poniente.

–¿Cómo hacen el *tacko pallana*? ¿Cómo recogen la fruta?

Buñi interviene:

***Pa' recoger l'algarroba
se hace de cualesquier modo.
Para criar el montón
le meto con siesta y todo.***

–Los chicos suben al árbol –me explica Ili– y sacuden las ramas. Abajo, los grandes y los más chicos juntan las vainas y llenan los *inchis*, para llevarlas a las casas.

–¿*Inchi*? Nunca he oído esa palabra... ¿Qué es un *inchi*?

–Es un costal que se hace con un *chusi*.

–¿Se cose la frazada esa?

–No es cosida, señor. La bolsa se hace prendiendo las orillas de la colcha con espigas de vinal.

–¿Qué se hace luego con la fruta?

–En la casa se la tiende sobre ponchos y mantas durante el día; de noche se la resguarda del sereno. Después, cuando está bien seca, se la conserva en la *pirua*.

–¿Se mantiene bien durante mucho tiempo en ese troje?

-Puede durar el año redondo...

-... si le dan tiempo -interviene Antu.

Buñi aprovecha la pausa para cantar:

*A juntar algarroba
madrugó un tuerto...
con un ojo cerrado
y el otro abierto.*



Río seco

–Dicen que la punta del agua está por El Aspirante.

–Dicen que ha llegado a Bandera Bajada.

Todos estamos a la expectativa, esperanzados en la creciente esa que debe venir por el río barrancoso; hueco, estéril río la mayor parte del año. Pero, hasta ahora, todos son sólo rumores.

El agua del pozo es barrosa y escasa. Para poderla usar en la casa se le agrega babaza de pencas tostadas a la llama. Eso decanta la turbidez. La comida, el agua de beber... todo tiene ese insoportable sabor ahumado.

Antes de volver a sus casas, los chicos de la escuela se acercan a la tina, beben largos tragos de agua y se van.

Hoy he soltado al campo a mi caballo. No hay agua para él. Tiene los ijares hundidos. Le he dado un balde lleno; él sorbe ruidosamente el líquido y, en su afán, vuelca al fin el recipiente; pero no pierde gota de agua. Ha salido a la huella y luego de algunos titubeos comienza a caminar hacia el norte.

–Dicen que la creciente está recién por Suncho Corral.

“Dicen... Dicen...”

Ayer, las bandurrias han aparecido en el cielo, volando en bandadas que forman una V tendida, la que a veces se convierte en un gran látigo de puntitos negros.

–Son los *mayu-tíncoj*, señor; salen al encuentro del agua.

–Ellos son los que hacen llenar el río; por eso sé les llama también *mayu-untáchej*, señor.

Las señales de agua comienzan a concretarse.

Me ha despertado a media noche un sonido extraño aunque familiar. Intento dormirme nuevamente; pero el lejano, indescifrable murmullo no me deja. De pronto me incorporo: ¡Es el croar de los sapos y las ranas! Me levanto y salgo al patio. Sí, es canto de agua. ¡Ha llegado la creciente!

Oigo el golpeteo en la tranquera. Es mi caballo que ha regresado y manotea los palos para que lo deje entrar.

Cuando me ve, relincha suavemente. Me acerco y le acaricio la cabeza. Le tanteo los ijares: están redondeados. Tiene las patas embarradas.

Cuando le preparo una generosa ración de maíz en el morral, él me urge,

empujándome con el hocico.

El alegre canto de las ranas llena la noche.

La creciente

–¡Vamos al agua, señor! –los chicos están excitados.

En verdad, qué pitos de interés tiene leer, sacar cuentas, o escuchar historias de Cristóbal Colón o de una región del globo llamada África, cuando el agua, esa realidad de contado rabioso está aquí, a nuestra puerta. Y nos vamos, ¡es claro que nos vamos!

La punta del agua está a no más de 500 metros hacia el norte; pero esa distancia se multiplica por cinco a causa de los meandros del río. Los chicos insisten en que vayamos por el lecho, para topar de frente al agua. Bajamos por una escotadura practicada en la barranca. Aprovecho la oportunidad para examinar las condiciones de seguridad del cable de acero que atraviesa el río, el que está sujeto en ambas bandas a gruesos postes de quebracho colorado. Me sorprende la voz de don Shofa, el botero, a quien se subvenciona durante la época de creciente para *chimpar* a los chicos de la escuela.

–La maroma es segura, maestro; los postes no se han movido. El bote hará un poco de agua al principio porque está reseco, pero ya se hinchará la madera y todo andrà bien.

Don Shofa tiene la habilidad de hablar mientras mantiene apretado entre los dientes su sempiterno cigarro de chala.

Cushi se hinca de rodillas frente a él y, uniendo las palmas de las manos, le pide:

–”La bendición, padrino.”

Don Shofa estira su brazo poniendo la mano por sobre su cabeza:

–”Dios te haga un buen cristiano –murmura.”

Nos internamos por el lecho, río arriba. Cuando llegamos a la punta del agua, ésta se derrama en una hoya profunda, contra la barranca. Cuando la colma, el agua reinicia su camino. Es una lengua que embebe la tierra al tiempo que se desliza como un reptil incontenible.

Caminamos a la par del agua. Los desniveles se van igualando. Cuando encuentra un bajo, el agua se rebalsa, para seguir luego. Por delante de ella, huye, desalojada de sus hábitáculos, una muchedumbre de arañas, grillos y otros insectos, y hasta algún escorpión. Muchos de ellos alcanzan la orilla, otros, son arrastrados. El agua inunda un hoyo pequeño; su interior estalla y surge un sapo “rococo” de tamaño increíble, el que seguramente permaneció enterrado durante meses para protegerse de la desecación. Sorprendido, el batracio emite un croar que parece ser de incredulidad, y se lanza a grandes saltos contra la corriente.

Isha está apoyada en mí con su manita:

–*Cay ampatu cusicuy tian* –comenta.

–¿Cómo dices, Isha? –simulo no haberla oído y coloco la mano en la oreja a modo de pantalla.

–Este sapo está muy contento –repite en castellano, captando la crítica.



Ardiente remedio

Ellos están agachados sobre sus cuadernos, sumergidos en una operación aritmética casi imposible que les he dado a resolver.

Hoy me siento abrumado y quiero estar libre para pensar. Cuando esto ocurre, les doy a resolver una multiplicación tan larga y difícil de solucionar que ni yo me atrevería a ella. Me preocupan los ojos de algunos de los chicos. El doctor Bernasconi está retrasando su visita a la escuela y el tracoma es un fantasma... ¡no!, una realidad más apremiante que aprender a leer o sacar cuentas. El doctor no viene porque su área es demasiado extensa para las necesidades de la zona.

Camino entre las filas de bancos. Creo que tengo la suficiente experiencia como para tomar resoluciones por mi cuenta...

–¡Cashi!

El tono de la orden es excesivo. Ella deja su cuaderno y se acerca sumisa. Retiro la silla del escritorio y me siento.

–A ver los ojos, Cashi.

La chinitilla se arrodilla entre mis piernas y se somete al examen. Vuelvo uno de sus párpados y veo las granulaciones que me temía. Ella está tomada de mis muslos y me sonrío.

–Tengo que curarte, Cashi. Te va a doler, pero tengo que curarte.

–Sí, señor.

Su confianza en mí me hace sentir mal. Las gotas del sulfato de cinc caen en uno de sus ojos; su cuerpecito se contrae por el ardor corrosivo. Yo he sujetado su cabeza con mis rodillas y levanto el párpado del otro ojo sin darle tregua. Ella lleva sus manitos a mis muñecas, pero no se atreve a tomarme. Otras gotas de fuego caen en la conjuntiva inflamada.

Le tapo los ojos con la mano y le acaricio la cabeza mientras le digo palabras en quichua.

Luego de un rato, ella se va tambaleante a su banco.

–¡Ishta! –ordeno.

Él se acerca.

–Tengo que curarte los ojos, Ishta.

–Bueno, señor.

Cuando cambio el frasco, tomando ahora el de sulfato de cobre (Ishta es un tracomatoso de largo tratamiento y sabe de esto), él me mira; siento ya entre las rodillas su estremecimiento.

Amcka

Las chinitillas se habían empeñado en mostrarme cómo se hace el *amcka*, esas rosetas de maíz tostado. Viqui me dijo:

–En casa tenemos maíz *pishinga*.

–Nosotros tenemos *ckapia*, señor --agregó Rucha.

–Bien –acepté–. ¿Qué más necesitamos?

–*Imasi maria sima* –Callu me propone la respuesta hermética.

–*Ima* –respondo entrando en el juego.

–*Imátaj*:

***Mi comadre la negrita
está sentada en tres patitas.***

Quedo en silencio simulando pensar, aunque no tengo la menor idea de la respuesta.

–¿Te ayudo, señor? –interviene Hota.

–Bueno.

***–Tiene pies y no camina,
tiene orejas y no oye,
tiene boca y no habla.***

Quedo tan en Babia como antes. Ashuca agrega otra clave;

***–Mujer morena
de tres cimpas.***

La repetición del color oscuro y los tres apéndices me orientan:

–¡Olla de hierro!

–Sí, señor.

–¿Qué más necesitamos?

Luego del *imasi maria sima*, Rucha da ahora otra respuesta cifrada:

*–Blanco tendido,
rubias bailando.*

Luego que me he rendido, Rucha dice:

–Ceniza y llamas.

Es así cómo, con los elementos necesarios, estamos hoy alrededor del fuego. Viqui trajo un maíz de granos densamente apretados en mazorcas pequeñas. Ella frota una contra otra estas espigas y los dientes se desgranán. Yo estoy atento a todo el procedimiento:

–¿No puedes hacerlo con las manos, directamente?

–Es *pishinga*.

Ella ríe y me entrega unos granos, invitándome a examinarlos. Tienen una dura espinilla corta. Es evidente que no conviene desgranarlos a mano.

Entre tanto, Rucha ha traído una ollita de barro cocido en la que echa ceniza previamente cernida, y la coloca al fuego.

–¿No era que necesitábamos la olla de fierro? –le pregunto.

–Es mejor la callana, señor, no se caldea tan de golpe y el calor es más parejo.

Ya está a punto la temperatura de la ceniza en la callana. Viqui echa ahora un puñado de maíz y, en cuclillas, con un haz de cañitas de simbol mueve constantemente el contenido. Mientras esperamos, Isha me propone otra adivinanza:

*–Cinco gauchos
tienen un solo cinto.*

Advierto que el manojito de simbol que usa Viqui está formado por cinco cañitas, pero simulo ignorarlo:

–Me rindo.

–El *simbol amckana*, señor.

–¡Pucha!... me has ganado, Isha.

La chinitilla se ríe tapándose la boca, pues está cambiando los dientes, y se acerca más a mí.

Comienzan a reventar los granos en la ceniza caliente. Luego no más se oye el ininterrumpido piripipeo del maíz. Cuando algunos saltan afuera, Ushico se apresura a recogerlos y los mete en la boca. Viqui tapa la olla y le dice:

–¡*Anchui*, muchacho! No sabe ser bueno comer *amcka* que salta de la olla.

–¡Bah! ¡Qué me importa!...

–¿Cómo es la cosa? –me intereso.

–Esta chinita me dice que no es bueno comer el *amcka* que salta de la olla porque a uno lo van a capturar cuando ande huido.

Se escapan más granos saltarines y Ushico insiste en recogerlos.

–Total... –agrega mientras los mastica– No pienso hacerme gaucho cuando sea grande.

Señalando la olla ruidosa, Shofa me comenta:

–*En ese Infiernito
cantan muchos angelitos.*

Pareciera realmente que el interior de la olla hubiera cobrado vida. Se escapa una tenue nube de ceniza y un tufillo tentador. Shimu –los changos han comenzado a acercarse– zapatea imitando el ruido del maíz al reventar. Es increíble cómo el tipejo logra acompañar el repiqueteo. Cuando escobilla el suelo. Lula protesta :

–¡Deja de levantar ceniza... digo, tierra, hombre!

Los pequeños granos del *pishinga* dan unas hermosas rosetas. Viqui continúa su tarea. A medida que produce *amcka*, sus pestañas y sus cejas se empolvan con la ceniza; su cabeza no, pues ha tenido la precaución de cubrísela con un pañuelo. Ollada tras ollada van saliendo. Tenemos ya una batea que rebosa; parece una gran fuente nevada. Nos sentamos a comer el *amcka*. Los granos resultan tiernos y sabrosos.

–¿Dónde compras este maíz *pishinga*, Viqui?

–No lo compramos, lo sembramos nosotros, señor.

Shula comenta, sentencioso:

–Maíz mercado no engorda.

–¿Venden el maíz que les sobra?

–No puedes vender maíz señor –interviene Shula otra vez.

–¿Por qué no?

Los chicos se miran entre ellos, casi sorprendidos :

–¡Cómo vas a vender el *sara*, señor!

Se ha dado el nombre indígena al maíz. Advierto que está jugando aquí algo que yo no penetro, y me allano:

–Es claro... cómo ha de venderse el maíz...

Rucha, quien había substituido a Viqui junto a la callana, me trae un plato de granos tostados que no se han abierto en roseta. Son dientes grandes, apenas rajados algunos de ellos por el calor de la ceniza.

–¡Qué vergüenza, Rucha!... A vos no te han florecido los maíces...

–Probalos, señor –invita Rucha.

Metó en la boca, con escepticismo, algunos granos. Miro ahora sorprendido a la chinitilla:

–¡Esto es otra cosa!...

Rucha ríe:

–Es *ckapia*, señor.

Estos granos grandes, densos, sabrosos, tienen un sabor indescriptible... los chicos gozan viéndome paladear el *ckapia*.

–No comas mucho, señor –me advierte Rucha–. El *ckapia* es atorador; no sabe ser bueno comer mucho.

Yo siento que me rondan unos versos de no sé quien, que leí hace mucho:

*“Yo le beso la mano al Inca Wiracocha,
porque inventó el maíz y enseñó su cultivo.”*

*Buñi se queja, cantando:
Ya viene el alba y el día;
los loros, la gritería;
han acabado los choclos,
me han dejao la marlería.*



El *usamícoj*

Un grupo de chicos se amontona alrededor de algo que les despierta curiosidad. Me acerco.

Ellos observan en el suelo un *usamícoj*, insecto llamado también “come-piojo”. Es largo, delgado, verde claro. Tiene las bellas alas desplegadas y una de sus patas delanteras en actitud de plegaria; esto explica su otro nombre “manta religiosa”. Yo siento un estremecimiento y la piel se me espeluzna. Cada vez que veo un bicho de éstos me ocurre lo mismo. Debe de ser su cabeza triangular, de insólita movilidad, instalada en el extremo de su largo cuello. Me retiro un trecho, con aprensión.

–¿Sabes, señor, de qué se hacen los *usamícoj*?

Miro al chango con interés.

–¿Cómo ese eso?

–Es un trocito de pasto que se ha convertido en *usamícoj*, señor. ¿No lo sabías?

Lo miro con escepticismo.

–¿Vos crees, Gumi?...

–Es claro que sí, señor.

–El *usamícoj*, como cualquier otro insecto, pone huevos. La hembra los deposita en el tallo de las hierbas, pegados en la forma de una masa gris, porosa...

–Señor... a eso que vos dices lo hace el *usamícoj*, pero no son huevitos. A eso se le llama “busco-y-no-te-hallo”^{*}. Es livianito y muy difícil encontrarlo. La gente lo precia porque sabe ser muy bueno para el dolor de muelas...

^{*} _ También conocido como “sin buscar” (Nota del lector).

–Pues, son los huevos, Gumi; los pone en paquetes de hasta trescientos. Probablemente los que se encuentren sean livianitos, como dices, porque ya han salido las crías.

–Y... así sabrá ser, señor.

Buñi canta:

*De la leche sale el queso,
de la cuajada, quesillos;*

***de los palampatos grandes
salen los palampatillos.***

Me enanco en la copla de Buñi y procuro explicarles el misterio de la reproducción.

En el recreo siguiente, luego de rondarme, Punshi se acerca cuando estoy solo, y me pregunta :

–Señor, ¿vos crees que hay hijos del viento?

Miro su cara interrogante en la que una nube se ha posado. Acariciándole la cabeza, le digo:

–Es claro, Punshi; es claro que los hay.

El perro rabioso

–¡Ashcko onckoscka! ¡Ashcko onckoscka!

Los chicos se metieron atropelladamente en el aula. Nunca los había visto tan asustados.

El perro quedó parado junto a la tranquera de la escuela. Tenía el cuerpo sucio, la cabeza gacha, la lengua afuera y la boca babeante. Hizo además de entrar, como si en su mente perturbada hubiere asomado, fugazmente, el recuerdo del hogar del hombre; pero retrocedió, continuando su andar tambaleante por el camino.

A poco pasaron tres jinetes que portaban escopetas. Los chicos los reconocieron:

–"Son Shishi Cortez, Apa Mamaní, y Crishu Guanco."

Se detuvieron junto al alambrado a requerir información sobre el rumbo que había seguido el perro. Luego continuaron la marcha. A una señal que le hiciera, Rufina me trajo el "Winchester" y una caja de municiones. Comencé a meter por la ventanilla del cargador los pesados proyectiles hasta llenar el almacén del arma. Al terminar la tarea –que había sido observada con interés por los varones– ya Rufina me tenía en el patio el caballo ensillado. Cuando me disponía a montar, dos fuertes estampidos anunciaron que la persecución había concluido. Moviendo la palanca del eyector, comencé a descargar el arma. Los proyectiles saltaban, intactos, al suelo; los chicos los recogían, los soplaban y, limpiándolos en sus ropas para quitarles la tierra, los colocaban cuidadosamente en la caja. "Todos tenemos alma de cazador" pensé.

Uno de los hombres regresó, penetrando al patio.

–Bájese, don Shishi –invité.

–No, de a caballo no más. ¿Me puedes prestar una pala, señor? Es para enterrar el perro enfermo.

–Anda, Shigu, trae la pala de punta –indiqué–. ¿De quién era el animal?

–No era de aquí, señor. Debe haber venido de lejos. Por suerte no mordió a nadie.

–¿Tampoco mordió a ningún perro?

–Tampoco. Los perros no se saben arrimar al animal rabioso si no entra en las casas. Parece que algo les dice que no es bueno ponérsele cerca.

Cuando don Shishi se fue, quedamos haciendo comentarios con los chicos.

–El perro se hace rabioso si se lo deja sin agua, cuando hace mucho calor – dice Inisha–. Entonces se enferma y después apesta a los que muerde.

Les explico que este mal se produce siempre por contagio, jamás espontáneamente.

–Jamás de los jamarases –agrego.

Los chicos se ríen; ya han comenzado a descubrir cuando jugueteo con las palabras del castellano.

–¿Y cómo es que a veces se sabe enfermar un perro que no ha estado con perros extraños? –pregunta Inisha.

–Es que algunos animales silvestres suelen también contagiarse con rabia; luego pegan la enfermedad al perro.

–No sé cómo sabrá ser, señor –dice Ishta–; pero cuando veo un perro enfermo soy capaz de trepar a los cardones sin importarme las pencas ni las espinas.

Hablamos ahora de perros en general. Ellos me cuentan lo que saben:

–No es bueno que peleen los perros, porque es anuncio de que se pelearán los dueños.

–¿Sabes, señor? Hay perros mañeros; algunos roban los huevos de los ponederos de las gallinas; otros entran en los cercos y comen los choclos tiernos.

–A los hueveros hay que asentarles en el hocico un huevo caliente; sabe ser santo remedio. A los chocleros se los espanta a tiros de escopeta cargados con sal.

–Para el reumatismo no hay nada mejor que hacer dormir un perro pila sobre los pies del enfermo.

–Para que a las criaturas les salgan los dientes hay que colgarles un colmillo de perro al cuello.

–Cuando el perro aúlla, señal de muerte próxima para el dueño.

–Los perros ven el alma cuando sale del cuerpo.

Inisha parece no haber quedado conforme con mi explicación sobre el origen de la rabia en el perro:

–Señor... saben decir muy en cierto que cuando hace calor y el animal carece de agua se vuelve rabioso.

–Inisha; el perro se enferma de rabia cuando se contagia ...

–No le laves el apunte, señor –interviene Antu–. Este chango es más seguidor que perro sulker.

–Sí, señor –aporta Antu–. Tiene más vueltas que perro pa'acostarse.

El agredido se vuelve y con velocidad de yarará dispara en quichua:

–¡Cállense ustedes, alimentados con canela de perro!

–¡Haya paz, señores! –intervengo–. Paz en Varsovia.

–¿Varsovia? ¿Dónde queda Varsovia, señor?

–En Polonia.

–Ahora dijiste Polonia, ¿dónde está Polonia, señor?



Soncko ckómer

Ishico y Shiba han descubierto una planta de doca entre los arbustos vecinos. Vienen trayendo los frutos verdes. Los parten y se comen el contenido fibroso, con semillas blandas. Tienen las manos pegajosas por el látex de la enredadera.

Shiba me ofrece:

–¿Quieres *tasi*, señor? Está muy bueno.

Acepto uno de los frutos, previamente abierto por Shiba, y paladeo el tierno contenido, de sabor tan particular.

–También es rico asado al rescoldo.

–Está verde, ¿no es cierto?

–Es claro, señor; no se lo puede comer maduro.

–¿No has oído el *imasi maria sima* del *tasi*, señor? –pregunta Ishico.

–No.

–*Verde se come,
maduro, no;
ya viene el tiempo
que lo encuentro yo.*

Miro el curioso fruto; tiene unos siete centímetros de largo por cuatro de ancho; es de superficie granulada.

–Rara fruta... –comento.

–Es el *soncko ckómer*, señor.

–"Corazón verde"... parece en realidad un corazón.

–Y tiene que ser, señor. ¿No conoces cómo se hizo el *tasi*?

A mi respuesta negativa, Shiba relata:

–Dicen que en el tiempo muy de antes –Shiba ha cambiado de idioma; usa ahora el quichua– había un curaca que se había casado con una joven muy lindita, llamada *Sisa Ckómer*, Flor Verde. Cuando él hizo un viaje, ella, que había salido a caminar por el bosque, fue muerta por *Uturungu*, el tigre. Al regresar, el curaca se enteró de su desgracia y buscó y buscó hasta encontrar

el cuerpo de *Sisa Ckómer*. Llorando y llorando, le abrió el pecho y le sacó el corazón, y lo enterró al pie de un árbol. De allí nació una enredadera, el *tasi*. Los frutos tienen la forma del corazón de *Sisa Ckómer*. Por eso los llaman *soncko ckómer*.

–Es una leyenda bellísima.

–Parece que *Sisa Ckómer* –continúa Shiba– estaba por tener un hijito, señor; por eso la planta tiene leche.

Shiba quiebra un trozo del flexible tallo y aparece una gota de savia láctea.

–Ahora, las mujeres comen *tasi* y toman té de la raíz para tener leche con qué criar el hijo.

En el intervalo se han aproximado varios chicos. Antu dice:

–¿No has probado el dulce de *tasi*, señor?

–No. ¿Cómo se lo prepara?

–Se eligen frutos chicos; se los hierva en agua y después se les agrega azúcar, dejándolos al fuego hasta que se hace el almíbar.

–¿Es rico ese dulce?

Antu pone una cara y revolea los ojos en forma tal que su lengüeteo final, así como el “¡Hum!...” con que rubrica su opinión, resultan innecesarios.



El colibrí

Aquí está otra vez el picaflor. Entra ruidosamente por la ventana del aula y desdeñando la presencia de veinticuatro alumnos que escriben en sus cuadernos, y del maestro que les dicta, se dirige a su delicado nido y se instala allí, muy orondo. Veinticinco pares de ojos lo miran. La suficiencia del tipejo nos hace sentir intrusos a nosotros. El nido apareció, completo ya, el lunes. Pende de una leve cañita de simbol que se escapa entre las varas del techo.

Pronto no más se incorpora; con zumbido de pájaro mecánico da unas vueltas por la habitación y sale luego por la ventana partiendo velozmente en dirección contraria a la que parecía encarar. Persisten en el aire no sólo su nervioso aleteo, sino también las vibraciones del cambiante colorido de su bello plumaje.

El colibrí nos ha sacado –sin gran esfuerzo– de esta insípida clase de escritura. Cierro el libro y me siento al escritorio. Sin que nadie lo proponga, los chicos han aprontado sus lápices y comienzan a dibujar tominejos multicolores.

Ushi me sorprende mostrándome una página con un picaflor de bello colorido.

–¿Cómo has logrado producir en el dibujo esa sensación de movimiento, Ushi?

El chango me mira como si no entendiera bien el porqué de la pregunta:

–Y bueno, señor... El *domnicu* no sabe estarse quieto ni un momento...



Paaj

–¡Eh!... Ansha, ¿qué te ocurre?

El chango tiene la cara deformada por ronchones que engrosan su nariz, tuercen su boca y le dejan los ojitos soterrados allá lejos. Hasta las orejas están hinchadas y rubicundas.

–¿Te han picado las avispas? A ver... vení.

No es solamente el rostro; son los brazos, las piernas... en todo su cuerpo están presentes las rojizas placas inflamadas. Coloco el dorso de la mano en una de las ronchas y siento la fiebre local.

–¿Qué es lo que te ha pasado?

–No es nada, señor –me dice con voz tan desfigurada como su rostro.

–Tiene *paaj*, señor –interviene Mashi.

–¿Paj?

–*Paaj*; es el mal del quebracho, señor.

–El aire del quebracho.

–La sombra del quebracho.

–La ponzoña del quebracho.

Ansha logra, dificultosamente, hacerse entender: él ha cortado, por error, un rebrote de quebracho colorado; al tocarlo, ha sido “flechado” por el árbol, produciéndole esta reacción. Tiene ahora dolores de cabeza, se siente como hético, y esas ronchas que le producen una comezón insoportable...

Ansha procura estarse quieto, pero el escozor lo martiriza y no sabe ya por dónde rascarse.

Me dice que ha comenzado a medicarse: ha saludado al quebracho padre, y ha hecho una tortilla de ceniza amasada y la ha atado a su tronco con una tira de tela colorada. Con eso espera aplacar la ira del árbol...

Nada tengo en el botiquín que pueda aliviarlo.

–¿Amasaste bien la tortilla de ceniza, Ansha?

–Sí, señor.

–Entonces, sanarás.

Tanta micha

La bella serpiente atraviesa el patio. Al verse al descampado, acelera la marcha para salir del área limpia. Alguno de los chicos la descubre y se acerca; otros acuden, curiosos. Todos se quedan mirando la culebra, que luce vistosas bandas transversales rojas, negras y blancas. Al verse rodeada, se enrosca. Me acerco también.

–Lisha, creo conveniente tener cuidado con esa víbora; puede ser venenosa.

Lisha me mira:

–No... ésta no es la coral ponzoñosa, señor, es la *tanta micha*.

–No hay que hacerle daño, es *huasi cuidaj*. Ella protege la casa –interviene Hota.

–La coral ponzoñosa tiene cintos de colores que le envuelven todo el cuerpo – agrega Lisha–. La *tanta micha* está pintada sólo por encima y tiene la panza blanca.

–¿Por qué le dicen *tanta micha*, “mezquina de pan”? –pregunto.

–Sabían contar que en el tiempo de *ñaupa* había la hija de un cacique; era alhajita y le gustaba vestirse con ropas ricas y coloreadas; pero era muy orgullosa y despreciadora. Un día ella le negó pan a una india vieja que se allegó a la casa a pedir comida. Al ver el proceder de su hija, su padre, el curaca, la maldijo y ella se convirtió en esa culebra, la *tanta micha*. Pero como es un cristiano, siempre se acerca a las casas para cuidarlas.

Rodeada por los chicos, la serpiente, enroscada, levanta la parte anterior del cuerpo y aplanando el cuello, adquiriendo el aspecto de una cobra. Ahora bate el suelo haciendo vibrar la cola.

Cuando le dejan el camino libre, la culebrita depone su actitud y huye velozmente, perdiéndose entre los yuyos.

De *pallana* y otros juegos

Estoy bajo el alero del aula mirando distraídamente a los chicos, quienes juegan en el patio. Isha y Viqui disputan, sentadas en el suelo, una partida de *pallana*. Cuando arrojan al aire los *anchitos*, se ve el brillo multicolor de esos porotos chatos, tan bonitos.

Más allá, un grupo de chicas juega al *huaa ckechuna*. Una de ellas hace de madre que defiende a otra que representa el papel de hija (*huaa*), protegiéndola de un perseguidor que intenta arrebatársela (*ckechuy*). Las chinitillas gritan como si las cosas fueran en serio.

Más lejos, casi en el borde del terreno de la escuela, hay un grupo que presencia una *chipeada*: Dos de los changos más grandes, Rucha y Shatu, están separados entre sí por pocos metros, atentos a la indicación de Apa, quien es juez arbitro.

–¡*Acuich!* –ordena éste.

Shatu hace girar sobre su cabeza la *libe*, boleadora de caza formada por un alambre articulado en el medio, con manijera de madera y bola de plomo. Se la oye silbar cuando es arrojada hacia el cielo. Inmediatamente, Rucha camina agachado, en actitud de cazador, revoleando su *pashkera*, boleadora ésta de tres ramales fabricados con hebras torcidas de chaguar, la que se usa especialmente para capturar suris. Lanza con mano diestra el arma, que parece perseguir en el espacio a la *libe*. El pompón de lana roja que llevan las boleadoras permite seguir sus trayectorias. Cuando la *libe* llega a su máxima altura y comienza a venirse abajo, es llevada por delante por la *pashkera*, que la enreda, cayendo luego las dos, como abrazadas. Los chicos festejan el tiro de Rucha. Yo aplaudo también.

–Es bueno Rucha para las boleadoras –comento a Aguchu.

–Sí; es muy *churo*; no hay pato que se le escape en el bañado.

Isha se acerca, sacudiéndose la falda.

–¿Cómo terminó el partido de *pallana*, Ishu?

–Gané tres pares y uno, señor.

–Entonces, ganaste siete *anchitos*.

–No; son tres pares y uno; los *anchitos* se cuentan: de a pares, señor.

“No se termina de aprender”, pienso yo.

–¡Vichi!... toca la campana para que los chicos entren a clase.

La comadreja

–¿Por qué tiras la fruta, señor?

–Un bicho ha entrado anoche; se ha comido algunas naranjas y ha estropeado otras –respondo–. No es la primera vez que esto ocurre.

Rucha toma una de las naranjas deterioradas y la examina. Luego, el chango dice:

–Es una comadreja, señor: ella es muy dañina para la fruta.

–Y para los pollos y para los huevos –agrega Shatu.

–A los pollos les bebe la sangre y les come solamente la cabeza y las tripas; es muy sanguinaria –añade Shigu–. Lo mismito hace el zorrino.

En el recreo siguiente, Rucha me dice:

–Vení, señor. Allí está la que te hace daño en la fruta.

Me guía hasta el monte que orilla el patio. Varios chicos se nos han unido. Nos internamos unas decenas de pasos y Rucha señala un tronco carcomido:

–Ahí está. Ése es su nido.

En un hueco del tocón está la comadreja. Se la puede ver en el fondo de su cueva. Al descubrirnos, su hocico agudo se abre emitiendo un suave rugido que más parece un “¡Ahhhhhh!...” y nos muestra los dientes.

–¿Cómo llegaste hasta ella?

Rucha indica a los chicos que no la dejen escapar y regresa conmigo.

–Mira, señor –me dice, señalando unas huellas que comienzan a evidenciarse en el suelo de tierra suelta, desde el límite del patio apisonado por el andar de los chicos–. Mira este rastro; es de comadreja.

Me agacho a su lado y miro la huella sutil, que se repite. Él me hace reconocer las cuatro patas, individualizadas en el rastrillado.

–¿Cómo supiste que era una comadreja?

–Fíjate, señor –me hace observar una de las huellas–. El dedo gordo de las patas traseras está colocado de manera distinta a los otros. Es como una mano. Mira tu mano, señor, y lo vas a entender.

Miro mi mano y lo entiendo: el pulgar es oponible a los otros dedos; la comadreja debe de usarlos como mis antepasados cercanos: para subir a los árboles. Luego de la explicación de Rucha, soy capaz de seguir el rastro. Así

llegamos nuevamente al tronco.

Los chicos acosan a la comadreja, la que termina por escabullirse por una abertura insospechada y procura internarse en el monte; pero le cortan la retirada y el animal sube a un árbol con habilidad de trepador experto. Cuando alcanza una rama alta alguien le acierta de plano con un leño y el marsupial cae; aunque antes logra sujetarse malamente con su cola prensil, al final viene a dar al piso de hojarasca, a nuestros pies. La comadreja no intenta huir. En actitud insólita, se queda en el suelo y nos mira desafiante. Abre la boca y emite un gruñido. En seguida se percibe el repugnante olor de la catunga que, como defensa, emite el animal.

Dos o tres veces gira para huir; pero luego de unos pasos regresa al punto de partida. Shigu levanta en su mano un grueso leño, para terminar con ella.

–¡Párate! –lo detiene Rucha– tiene crías!

Shigu baja el brazo que enarbola el leño. Los chicos cesan en su acoso. Hay varios hijuelos desparramados por la hojarasca; parecen lauchas. La madre los limpia con la lengua y recogiénolos con la boca los mete en la bolsa que tiene en el vientre

La comadreja toma camino por el monte. Nadie se mueve.



Clave

Shimu, que ha faltado hoy a clase, pasa por el camino; la yegua que cabalga lleva a la rastra una gran rama de árbol. Sobre la rama, patas arriba, un catre de tientos en el que se amontonan enseres domésticos. Algo más atrás, su padre, don Crishu, monta un caballo que lleva también una rama cargada. Los dos hacen una señal de saludo sin detenerse.

–Se están cambiando de casa, señor –me comenta Shalu.

–¿A dónde se trasladan?

–Aquí cerquita no más; un poco al norte, sobre el río.

–¿Por qué se mudan? ¿No era bueno, acaso, el lugar en donde estaban instalados?

–Sí, era bueno, señor; pero ellos han tenido varios anuncios de desgracia si se quedaban en donde vivían.

–¡Aja!...

–Sí, señor. El *unchicu huasi huhchuchicu* fue a cantar varias veces en el algarrobo de la casa. Cuando este pájaro “que hace cambiar de casa”, avisa, quiere decir que tendrán desgracias si se quedan allí.

–De modo que ese ruiñón es un pájaro de mala suerte... Es un pájaro malo.

–No, señor; él sólo avisa para que vos sepas y te vayas antes que te pasen cosas. Es un pájaro bueno.

Por el camino pasa ahora doña Muñi, la madre de Shimu. Lleva a su hijo de pecho en brazos y porta sobre la cabeza un atado con elementos de la casa, probablemente ropa. Parece increíble que pueda mantener en equilibrio el enorme bulto; pero está bien asentado sobre el *pashquil*, ese rodete de tela colocado sobre la cabeza. Dona Muñi gira el cuerpo y esboza un saludo al pasar. Quedo mirándola; hay un garbo en su caminar y un aplomo, sorprendentes. Por detrás de ella, una ristra de hijos, cada uno de los cuales lleva también su carguilla. Allá, adelante, la polvareda sobre el monte indica la ubicación de Shimu y don Crishu.

–¿Cuáles otros signos tuvieron para abandonar la casa? –pregunto a Shalu, retomando el tema.

–Los perros andaban aullando seguido y, para peor, comenzaron a “reventar” las maderas del rancho. Ya no podían quedarse...

El polvo que levantaba la marcha de los delanteros se estaciona y disipa luego. Se escucha después un grito fuerte y sostenido:

–¡Criiishuuuu!... ¡Criiishuuuu!... –reconozco la voz de don Crishu.

–¡Muuuñiiii!... ¡Muuuñiiii!... –gritó doña Muñi.

–¡Shiiimuuuu!... ¡Shiiimuuuu!...

Se suceden luego voces infantiles que llaman por sus nombres.

Miro interrogante a Shalu. Él sonríe.

–Están llamando a su alma, señor. Si no lo hicieran, las almas de ellos se quedarían allí, en el rancho viejo al cual estaban acostumbradas, por los tantos años. Cuando vos te vayas, señor –agrega–, tienes que llamar a tu alma por su nombre. Si no lo haces, ella se quedará aquí para siempre.

Coshmi II

Shaka me sorprende trayendo a remolque a Coshmi, quien no se resiste.

–Él dice que quiere entrar a la escuela, señor. Quiere que lo anotes.

Observo con gesto de censura el medio cuerpo desnudo de Coshmi, cuya camiseta apenas si alcanza a cubrir su ombligo:

–¡Así! ... Él no puede ser alumno de la escuela *así*.

–Él dice que no va a venir chupino a la escuela –aclara Shaka–. Él dice que se pondrá pantalón, señor... si le das.

–Alpargatas también –impongo, abusándome del tipo.

El gestor acerca su cabeza a la de Coshmi y consulta en voz baja esta última cláusula. Coshmi, mirando hacia otra parte, hace señas que sí con la cabeza, como quien se suicida.

Aquí está él ahora sentado en su banco, ubicado entre chicos que lo apoyan. Lo he ignorado durante varios días. Como al descuido, hoy me acerco y, poniéndome en cuclillas muestro a Shaka, su vecino, la mano abierta:

–Contá –le digo.

Shaka me sigue el juego y cuenta mis dedos. Me vuelvo luego a Coshmi y repito:

–*Yupai*.

Sin mirarme, él comienza:

–Uno, dos, tres...

Cuenta de un tirón hasta diez, ¡en castellano! El tipejo había aprendido en esos recreos mucho más de lo que yo sospechaba.

La madre de Coshmi se acerca a veces y mira, desde el borde del monte, a su hijo, quien es “niño de la escuela”. Ella junta las manos:

–¡*Añuritay!* –murmura.

Primavera

La primavera se descarga de golpe en estas latitudes. Un día, como el de hoy, al levantarse uno a la mañana advierte que las flores de los garabatos ya están en el ambiente aromatizándolo con su cálido perfume que se puede palpar, casi, con la lengua.

Las *ckellusisas* alfombran el paisaje en estallido de flores amarillas. Las abejitas silvestres acarrearán el polen, diligentes; ellas vienen a levantar agua en las filtraciones de la tina, en este fin del invierno con sus meses de seca.

Ya se ven en los árboles los doseles de “hilos de la virgen” (o “babas del diablo”, como uno prefiera), briznas de tela de las arañitas esas que van por el aire –viajeras insólitas– suspendidas de sus tenues paracaídas de una sola hebra.

La Naturaleza toda comienza a movilizarse. Los pájaros cantan, buscando pareja, mientras rayan el aire con sus vuelos. Los abejorros ronronean su pesado andar.

–Se va a poner lindo el campo este año, señor.

–Es cierto, Elo –respondo devolviéndole el mate vacío–, el campo va a estar muy alegre.



III

*Vuela, papel venturoso
a las manos que te mando...*

Una carta y un libro

Aquella carta de Shigu me apesadumbró; no sólo por su dolor ante la muerte de su madre, sino por las patéticas palabras que agrega:

“...y yo ahora solo, con mis hermanitos menores; y mi abuelo, que está muy viejo ya.”

Le atemorizaba asumir la responsabilidad de su propia vida, y el destino de los suyos.

Le respondí, procurando hacérselo entender, y le expresé mi fe en él. Le mandé también un libro, indicándole que lo leyera siempre:

“...sobre todo, Shigu, léelo cuando te sientas desalentado.”

Cuando Joshela me escribió diciéndome que había muerto su mamá, le mandé una carta y le mandé el libro.

Acabo de recibir misiva de Hota. Me reclama que no haya enviado la carta y el libro a Ishu, quien va día tras día a la estafeta –dice– a preguntar si le ha llegado correspondencia; porque ha fallecido su mamá.

“Ella va todos los días –agrega Hota–. Una vez cada día y seis veces en la semana.”

Hoy he enviado una carta a Ishu, y el libro.



Vocabulario

¡Acuich! ¡Vamos!

Alhajita. Bonita.

Ampatu. Sapo.

Anchito. Especie de poroto de vivos colores.

¡Anchuy! ¡Retírate!

¡Añuritay! Interjección de ternura. No tiene equivalente en castellano.

Ashpa mishki. Colmena subterránea construida por una especie de abeja silvestre.

Catre de tientos. Cama simple, construida generalmente de madera de algarrobo, que consta de un marco y cuatro patas, con un enrejado de lonjas de cuero crudo que hace de elástico.

Curaca. Cacique.

Chango. Niño, muchachito.

Chillilo. Golondrina.

Chimpar. Bandear. Hacer atravesar el río.

Chupino. Persona que lleva corto el vestido. Animal de cola corta.

Churo. Hábil, diestro. Buen mozo.

Ckaza. Escarcha.

Dominicu. Picaflor.

Flor de la miel. Espacio en el *ashpa mishki* en el que se almacena polen no elaborado en forma de miel.

Ishpay. Orinar.

Janas. Espinillas pequeñísimas de los cactus.

Ñaupá. “Tiempo de *ñaupa*”: En tiempos remotos.

Palampato. Ave palmipeda de los bañados.

Pallana. Juego infantil de competencia que consiste en recoger con el dorso de la mano piedritas o *anchitos* que se arrojan al aire.

Quesillo. Especie de queso fresco de elaboración casera.

Quitilipi. Buho ñacurutú.

Rococo. Sapo de una especie de enorme tamaño, llamado también “sapo buey”.

Shalaco. Habitante de la costa del río Salado.

Tíncoj. Salir al encuentro. *Mayu-tíncoj*: salir al encuentro del río.

Anexo 1: Jorge Washington Abalos: Una historia con y sin víboras

Mariano J. Medina

En *Imaginaria - Revista quincenal sobre literatura infantil y juvenil* 142, Buenos Aires, 24 de Noviembre de 2004. Texto extraído, con autorización del autor y los editores, del dossier *Jorge W. Abalos, Gente Necesaria* –realizado por Mariano J. Medina–, suplemento de la revista *Piedra Libre*, Año X, Nº 19, Córdoba, 2do. semestre de 1997.

En: <http://www.imaginaria.com.ar/14/2/lecturas-abalos.htm>

Mariano J. Medina (cedilij@arnet.com.ar) es escritor, compositor y periodista. Es Miembro del CEDILIJ (Centro de Difusión e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil) de Córdoba, donde coordinó el Centro de Documentación y co-dirigió la revista Piedra Libre. Es técnico y capacitador del Programa “Por el derecho a leer”, por el que CEDILIJ fue distinguido con el Premio IBBY-Asahi 2002.

Es autor de libros literarios e informativos, entre ellos Lagartijas sobre piso azul, que contiene una selección de trabajos escritos por niños en talleres de escritura coordinados junto a Teresa Sassaroli. Para el Ciclo Teatro x la identidad Córdoba 2001 realizó un “Relevamiento de literatura y canción popular de Córdoba (Argentina) que frente a la dictadura militar fue resistencia, testimonio, militancia y memoria” (próximo a editarse bajo el nombre de La pisada del Unicornio). Entre sus variadas actividades, se cuenta su participación en el proyecto del músico Chango Spasiuk “Relevamiento de 100 años de música ucraniana en la provincia de Misiones”.

*El hombre para ser hombre necesita tres partidas:
hacer mucho, hablar poquito y no alabarse en su vida...*

Acabo de escuchar a Abalos. Desde un maltrecho cassette sin datos (¿1978?) una estudiante secundaria lee preguntas acartonadas, y él se hace presente venciendo las leyes del tiempo, envolviéndome como en un ritual esperado. Responde con respeto y calidez, tranquilamente apasionado, por momentos irónico, delicadamente seductor. Nada me dice de sí que yo ya no sepa, salvo que lo dice él mismo; y esa presencia mágica de su voz me transporta hasta una tapera donde late el sueño de los shalacos. Donde las garzas –según Feliciano Huerga– son el símbolo del espíritu del monte, del alma santiagueña: Un blanco signo de interrogación del paisaje.

Y las interrogaciones son las que nos invaden para abordar a Abalos. Indudablemente es un problema, y eso lo divirtió siempre. Porque... ¿Qué es Abalos? ¿Qué tantas cosas? Y su literatura... ¿Qué literatura? ¿Con qué marco teórico analizarla? Lectores y críticos apasionados lo defienden y lo atacan por

igual, pero él... inmutable.

–¿Como escritor, ha sufrido alguna decepción? –le pregunta la joven periodista.

–Absolutamente no –afirma, siempre sincero, siempre fuera de las clasificaciones–. Y posiblemente eso ocurre porque yo nunca he tenido conciencia de ser escritor, entonces no me he ilusionado ni esperado demasiadas cosas. Solamente he escrito.

Y confiesa después:

“Yo no soy capaz de desarrollar temas, sino simplemente sé contar lo que me ha ocurrido. De manera que el relato es mi orientación.”

¿Qué hacer con un tipo tan diverso y tan sincero? No se puede evitar hablar de su vida, porque de eso trata su obra:

Nació, por esas cuestiones del azar, en La Plata (provincia de Buenos Aires, 20 de Septiembre de 1915), pero fue incuestionablemente santiagueño. Se recibió de Maestro Normal Nacional en 1933, y ejerció su profesión en parajes perdidos del desierto de Santiago del Estero, donde la lengua común era el quechua: Pampa Llastac, Doña Lorenza, La Costa, Puente Negro. Este último en especial marcó su vida para siempre, y fue ambiente de sus más importantes relatos. En un período depresivo, el joven e ignorante maestro fue picado por un escorpión, y a partir de su necesidad de informarse sobre la sabandija comenzó a colaborar con el doctor Salvador Mazza, pionero sobre las investigaciones de la enfermedad de Chagas. Posteriormente establece con el doctor Bernardo Houssay (Premio Nobel de Medicina de 1947) una relación que sería definitiva para su actividad científica.

Houssay escribe por primera vez a Abalos en abril de 1940, acusando recibo de un envío de arañas *Latrodectus curacaviensis*, y haciendo tímidamente este pedido:

“Para estudiar la acción de su ponzoña y preparar suero, sería necesario contar con grandes cantidades de arañas, especialmente para la preparación del suero. Quizá tendría que llegarse a varios centenares de estos animales. Además, como suelen atacarse, convendría enviarlos separados por algodones en tubos de vidrio, o bien en pequeñas cajas. (...) De todas maneras, si Ud. me enviara algún material, podría comenzarse con estudios previos sobre la acción tóxica de estos animales.”

Tras esta carta comenzaría una colaboración que se extendería por más de veinte años casi en forma permanente. Por entonces, Abalos era maestro en Colonia Dora, a la que se llegaba por picadas desde la estación del Ferrocarril Central Argentino. Esto permitió que la comunicación Santiago-Buenos Aires fuera más que óptima: hasta marzo del '43, hay un promedio de más de una correspondencia por semana desde Buenos Aires, sin contar los envíos de Abalos. La misma muestra una actividad que podría decirse obsesiva, en la que es obvio que el maestro encuentra un nuevo sentido de vivir. Abalos envió en ese primer período más de 10.000 arañas (especialmente *Latrodectus*

mactans) como si se hubiera propuesto presionar a los investigadores a mantener una actividad tan intensa que dio por fruto en poco más de dos años (junio de 1942), el suero contra la ponzoña de la temible *viuda negra*.

Hay que mencionar que había visto la muerte de varios niños a causa de picaduras de víboras y arañas (a Reyna Mansilla se la nombra en el libro *Shunko*), además de presenciar el progreso constante del mal de Chagas en los cuerpecitos de sus alumnos. No es difícil entender entonces su empeñoso trabajo.

“Durante las tardes de verano, mientras los demás seesteaban –contó Abalos alguna vez–, yo salía de “cacería” particularmente a los tunales, donde esas arañas suelen hacer nido.”

Posteriormente, a medida que avanzaban sus propios estudios y las investigaciones de diferentes instituciones, fue enviando víboras, iguanas, vinchucas, lagartos... Le piden 40 iguanas, manda 43. Le piden yararás grandes, les manda inmensas. ¡Hay veces que hasta deben pedirle por favor que suspenda los envíos hasta nuevo aviso! Hasta que *La Nación* entrevista al equipo de Houssay por la cuestión del suero, y allí ellos dan a conocer la fundamental colaboración del joven maestro del monte. Enterado el gobierno de Santiago del Estero, le otorgan una beca para estudiar nueve meses en el Instituto Oswaldo Cruz (Río de Janeiro, Brasil). Volvería a dar clase pero ya no en escuelas primarias (aunque soñaría con los *shalacos* hasta su muerte), sino como Entomólogo en la Universidad de Tucumán. En esa ciudad se casa con Leoni, con quien tendría tres hijos: Jorge Eduardo (1948), Iván (1952), y Gabriel (1953). De regreso a Santiago fundaría el Instituto de Animales Venenosos; y finalmente se radicaría en Córdoba. Sería docente de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y fundaría el Serpentario de Córdoba.

A pesar de carecer de estudios universitarios, su actividad de lucha contra el ofidismo, el mal de Chagas, la araña de los rastrojos, etc., le valdrían prestigio internacional, la categoría de miembro titular de la Academia Nacional de Ciencias, galardones en la Universidad de Harvard (Cambridge, EE. UU.) y los títulos de “Doctor Honoris Causa” otorgados por las Universidades de Tucumán y Santiago del Estero. Fue en esta última cuando en el acto de entrega del diploma, la emoción no lo dejó leer completo el pequeño discurso que había preparado. En él expresaba:

“Es de un sentido casi simbólico que un maestro rural tenga acceso a la más alta dignidad universitaria de su patria chica. Así lo entiendo y así lo acepto, sabiendo para mí que al recibir este título lo hago como maestro rural y que es éste el homenaje que la Universidad rinde a los maestros rurales, éstos que instalan la bandera en lo más alto de un algarrobo. Lo recibo con orgullo, como maestro de las escuelas shalacas y en nombre de todos y cada uno de ellos.”

Paralelamente a estas actividades (publicaría más de 300 trabajos científicos indispensables), Abalos hacía literatura casi sin darse cuenta. Y en esta tercera actividad (echando mano del folklore y revelándose como un gran recopilador de coplas), resumía, sintetizaba su humanismo. La clave de todo está en el

compromiso de su magisterio, tras el cual se desarrolló como escritor y como científico. Sabía que la investigación debe ser una tarea en común, destinada a la comunidad. Por eso se integró fácilmente a equipos con la misma pasión que ponía en sus trabajos individuales, estudiando (entre otras tantas cuestiones) a los insectos flebótomos que transmiten la leishmaniosis (terrible enfermedad endémica del norte); métodos de lucha contra parásitos hematófagos; y la gamexización antivinchuca. Descubriría en este trajín varias especies desconocidas para la ciencia. Pero no se cansaría de repetir:

“A mí, la Zoología no me interesa. A mí me interesan los animales venenosos y los animales transmisores de males, en función del hombre. El único que interesa es el hombre.”

“Yo sólo soy un maestro rural que ha venido a la ciudad a plantear los problemas que existen allá.”

De hecho, mantuvo correspondencia con muchas familias shalacas, y en su casa cordobesa todos los días recibía visita, en especial de sus alumnos, a veces hasta en la medianoche. Cuenta Leoni:

“Era normal que antes del almuerzo, desde el serpentario, me llamara y dijera: ‘Vamos cuatro’...”

Falleció en Córdoba, en 1979, dejando inconcluso el libro *Coshmi*.

Anexo 2: Textos de Jorge Washington sobre *Coshmi*

En *Imaginaria - Revista quincenal sobre literatura infantil y juvenil* 142, Buenos Aires, 24 de Noviembre de 2004. Textos extraídos, con autorización de los editores, del dossier *Jorge W. Abalos, Gente Necesaria* –realizado por Mariano J. Medina–, suplemento de la revista *Piedra Libre*, Año X, Nº 19, Córdoba, 2do. semestre de 1997.

En: <http://www.imaginaria.com.ar/14/2/ficciones-abalos.htm>

Páginas *Coshmi*

Gabriel A. Abalos

Cuando Jorge W. Abalos murió, el 28 de septiembre de 1979, dejó inconclusa una obra que iba a completar lo que, de haberse terminado, hubiera sido una trilogía. Esta comenzaba con la novela *Shunko* (1949), se continuaba temáticamente en *Shalacos* (1975), y, como broche de oro este último libro que hubiera adquirido calidad de árbol nuevo, este *Coshmi* que se quedó a medio escribir.

Coshmi, el personaje, está presente ya en un par de deliciosos capítulos de *Shalacos*. Es difícil encontrar en la literatura de Abalos un personaje más tierno y a la vez –o justamente por esa causa– íntimamente consubstanciado con el seco paisaje noroestino de nuestro país. Si *Shunko*, personaje, es aquel niño que aprende a integrarse a un paisaje mucho más extenso que el de su “pago chico”, *Coshmi* es la criatura silvestre por antonomasia, tan compenetrada con su Tierra como para reconocer en su aridez hasta el más pequeño rastro de vida.

Coshmi es un niño al que Jorge W. Abalos concede el oficio de vagamontear con toda soltura, a cambio de que él nos transmita su sabiduría a flor de piel sobre el bosque y sus criaturas, sobre la Naturaleza y sus ritmos, en episodios a veces crueles en apariencia, pero siempre de emocionante mensaje.

Se puede reconocer en ese camino de la identidad –individual y colectiva– que todo artista recorre si es auténtico, que Jorge W. Abalos se iba dejando ganar progresivamente por el paisaje; así, en *Shunko* los personajes se imponen sobre el marco natural de la zona rural santiagueña en la que transcurre la acción; en *Shalacos*, desde su primer capítulo, se siente cómo el monte se va tragando al maestro:

“A medida que el carro... penetraba en ese ojo la espesura, yo me iba convirtiendo también en parte del bosque... Partículas de mí entraban en difusión alimentando los árboles y los cuadrúpedos salvajes y los murciélagos

y las aves y los gusanos, y las hormigas y los microbios que disgregan los árboles caídos.”

En *Coshmi* el maestro ya había desaparecido por completo; y el niño mismo no es sino como la voz de la Tierra que se asombra de sí misma. El único maestro aquí era el mismo bosque; la relación pedagógica se había invertido; el hombre venido desde la civilización para enseñar se convierte –como narrador objetivo– en portador de la enseñanza de nuestra Tierra.

Carroñeros es uno de los capítulos que integraría *Coshmi*, ese libro que mi padre no alcanzó a terminar porque, en definitiva, se le exigió que su vuelta a la Naturaleza fuese mucho más que un asunto literario. Tal vez, entonces:

“Coshmi sí se haya escrito, sólo que con tal delicadeza como para no espantar a esa criatura entre las muchas criaturas del monte santiagueño; para dejar a Coshmi vagar por allí sin la molesta mirada de nosotros, lectores”.

Coshmi

Jorge W. Abalos

La noche

A *Coshmi* le gusta vagamontear. Siente que el bosque ese en el que vive es parte de sí. No: él es parte del bosque, como lo son también su mamá y su hermana, y el rancho y todas las casas de palo a pique que se esparcen como escondidas bajo los grandes algarrobos. Como lo son los cactus y los pájaros y los árboles mismos, uno a uno, y las iguanas y los conejos y las hormigas... *Coshmi* conoce bien ese bosque y reconoce a sus habitantes, los que andan de día aunque no siempre se los ve, y también aquellos que luego del crepúsculo –cuando el monte parece dormir– se deslizan en las sombras emitiendo, en el gran silencio, sus pequeños ruidos.

La noche, en la que el bosque tiene otro olor y una distinta vida. *Coshmi* sabe todo eso porque en la mañanita descubre el rastro sutil del zorro; esa huella, que denuncia sus esquives, esguinces y pausa detenida de pie delantero alzado, le dice de la desconfianza de “El Daño”. Identifica la pisada más segura del gato montés y la casi prepotente del león. Los vestigios le cuentan los dramas nocturnos: restos de corzuelas, de liebres, de vizcachas...; los confusos rayones en el suelo y los revolcones testimonian la resistencia inútil.

Coshmi sonríe al reconocer en la memoria del suelo las andadas infructuosas de un puma viejo que trota noche tras noche buscando presas que le son cada vez más difíciles; él lo identifica por sus huellas grandes y por la mano

izquierda a la que le faltan dos dedos, seguramente dejados en una trampa de acero –tendida artera en su senda– de la que arrancó, mutilándose para ganar la libertad y su vida. *Coshmi* nunca lo ha visto al puma ese, pero bien se lo imagina largo y charcón, cubierta su cabeza de cicatrices en las que, cuando no han quedado peladuras definitivas, los mechones blancos han substituido a los originales luego de la encarnadura.

Coshmi suele rastrearlo para curiosoar sus trayectos nocturnos, y sabe de sus vacilaciones, de sus fracasos de cazador cuyo territorio se restringe cada vez más y de su resignarse con restos de presa ajena o la humillante captura de despreciables roedores; o de su regreso hambreado, a la guarida. *Coshmi* siente mezcla de lástima y de una casi ternura por la vieja fiera; él sabe que un día cercano su pisada no se imprimirá más... pero, entre tanto, no quisiera cruzársele a su paso... ¡Eso sí que no!

Coshmi conoce bien el reguero que marca el deslizarse de las serpientes. Identifica el de la yarará por su marcha lateral en la que se resbala un poco sobre la huella, y sabe si ha pasado perseguida o persiguiendo; el rastro de las culebras que ondulan en el suelo como si nadaran; y reconoce la huella de la *lutu-machaguay*, que es una larga banda sin movimientos laterales; le parece ver a la negra serpiente comedora de víboras deslizarse como un silencioso fantasma nocturno con la parte anterior de su cuerpo erguida, horizontal su cabeza e inquieta la lengua buscadora. *Coshmi* determina la dirección de la marcha de cualquier serpiente con sólo examinar en la cinta que deja su paso, las piedritas y otros elementos del suelo ligeramente desplazados hacia adelante por el frotar del largo vientre.

En lo más espeso del bosque, una manada de pecaríes del collar ha dejado la rastrillada grosera de sus pezuñas; las ramas de las plantas laterales del sendero muestran los destrozos del paso a ojos casi cerrados de los torpes y pesados mamíferos. *Coshmi* hace un gesto de aprensión, no le gustan los chanchos salvajes; él ha visto perros con el vientre abierto como a navaja por los largos colmillos del *sacha-cuchi*.

No todas las señales que revela el suelo son así de patentes. Cuando *Coshmi* se arrodilla y mira con cuidado, puede ver innumerables signos de la vida a ras del piso. Indican cómo el bosque vive también en lo minúsculo. Allí, en el follaje caído y en el polvo suelto se imprime el testimonio de una actividad que a lo largo del día y de la noche tiene relevo, pero no pausa. Las hormigas... él no podría entender el bosque sin las hormigas: chiquititas hasta casi no vérselas, medianas, grandes; negras, marrones, amarillas, y hasta casi blancas. Las hormigas, que están, que andan por todas partes cortando, trozando las hojas, acarreándolas incansables; moliendo los troncos caídos; disgregando los cadáveres de los animales... haciendo nada de todo residuo orgánico. Aunque a veces lo pican, él no tiene antipatía por las hormigas. ¿Qué sería del bosque –se pregunta– sin estas basureras? ¿Quién lo limpiaría? Pero... a veces descubre en las mañanas evidencias del paso de las hormigas legionarias, extranjeras que vienen quién sabe de dónde; caravana que ennegrece el suelo de obsesionados insectos sin ojos; vagabundos impenitentes que se desplazan acarreando sus hijos y sus huevos, cuya

ceguera es largamente compensada por extraordinarios sensores que captan con precisión diabólica cualquier señal de vida animal. En su marcha se derraman hacia arriba sobre los árboles como una inmensa gota de miel; invaden cuevas, se infiltran por hendiduras, penetran y saquean los hormigueros de sus congéneres solitarias devorando hasta sus crías y dejando tras de sí la muerte, la desolación.

Cuando por la mañana *Coshmi* ve los vestigios de la franja de terreno devastado por el paso de las legionarias, siente en la piel de la nuca los tirones del escalofrío. *Coshmi* mira en dirección hacia la que ha seguido la miríada de los terribles viajeros, fija la vista en la lejanía. No le importa lo que hay al otro lado del horizonte, él pertenece al bosque ese y no quiere otra cosa; aunque a veces...

Coshmi vuelve los ojos hacia el piso y ve el sendero brillante que imprime el paso de las babosas y de los caracoles, las rastrilladas sutiles de las arañas cuevículas que cazan en la superficie a fuerza de paya y diente, llevando sus hambrientos hijos sobre el lomo; y el escorpión con su cola cargada de veneno, que busca carnosos grillos o inocentes cochinillas de la humedad entre el mantillo.

En la noche, ya en su cama, *Coshmi* suele oír el cascado, sorprendente grito de los búhos, cuyo vuelo aplumado y silencioso se quiebra en grito estridente. Y los chillidos tanteadores de los cegatones murciélagos. También suele oír el lejano, plañidero grito del kakuy, quien se pasa las horas de la obscuridad llorando la ausencia del Sol; y el *araracucu* cercano, cuyo persistente llamado a la hembra resulta casi impúdico entre tantos amores confidenciales de la noche.

Coshmi sabe también de flores que desatan su corola en las sombras para recibir la visita fecundante de silenciosos insectos, mensajeros nocturnos de amor, portadores de vida.

A veces *Coshmi* piensa que preferiría ser un personaje de la cálida y húmeda noche del bosque, esa noche tentadora, llena de misterios... pero cuando recuerda que hay otros seres nocturnos, antes como las almas en pena que deambulan en las tinieblas emitiendo sus doloridos, desolados gritos, él se alegra de ser un vulgar habitante de las horas de luz.

Cuando cierra los ojos, ya para dormirse, *Coshmi* siente aún el latido del bosque en el ruidito que producen los *caspi-cuchoj* de antenas como largos bigotes, que perforan incansables las ramas que cubren el techo, para poner sus huevos. *Coshmi* se duerme, arrullado por el chiqui... chiqui... chiqui..., y sueña que es uno de esos corta palo que va moliendo la madera por un túnel que no se acaba...

Carroñeros

Despierta sintiendo que lo miran. Permanece inmóvil. Observa a su alrededor sin casi mover los ojos. Ve un par de caranchos posado en un algarrobo, a

cierta distancia. *Coshmi* sabe que estas grandes rapaces se han acercado atraídas por la quietud de su cuerpo. Sonríe con malignidad y se mantiene inmóvil. Otros caranchos han arribado; se cierne un instante en el aire antes de asentarse en los árboles. Observa ahora el planeo de media docena de cuervos. Por la posición, calcula que él es el centro del círculo que dibuja el vuelo. Conoce la maniobra: los caranchos, más atrevidos, se adelantan y comen la presa viva aún. Los cuervos son carroñeros y vienen después. *Coshmi* quedo.

Los carniceros tienen paciencia; *Coshmi*, también. El planeo de los cuervos es cada vez más bajo. *Coshmi* puede ver el extremo de sus alas, ligeramente levantado, cuyas grandes plumas terminales se abren como dedos. Los pájaros se posan al fin, silenciosos, en un alto quebracho. Las negras siluetas, con la cabeza calva metida entre los hombros, se le antojan a *Coshmi* una reunión de ancianos siniestros. Cree sentir ahora el olor de la carne corrompida. El desprecia al carancho y al cuervo; son cobardes, aunque de distinta cobardía: el carancho es un cobarde agresivo que asume su coraje ante presas indefensas o moribundas, a las que vacía primero los ojos y desgarrar luego el vientre, comiendo las entrañas. El cuervo es un gallinero que espera y participa del festín cuando no hay riesgos. *Coshmi* respeta al halcón y al gavián y ¡al águila! Él suele mirar, emboscado, cómo estas aves caen desde lo alto sobre la presa, la toman con sus fuertes uñas corvas, se elevan y se la llevan al nido, distribuyendo sangrientos trozos entre los hijos.

Él quisiera ser halcón; a veces corre, gacha la cabeza, estirados los brazos hacia atrás y se descarga desde el cielo en vertiginoso vuelo... luego siente entre las garras el peso de la presa palpitante. Sí, el quisiera ser halcón.

Los caranchos han comenzado a acercarse de árbol en árbol, a vuelos cortos. *Coshmi*, inmóvil. Uno de ellos se asienta en el piso, a prudente distancia y examina la presa. Otro y otro rapaz lo siguen. Se acercan ahora a pequeños, ridículos saltos. Los cuervos, a la espera. *Coshmi*, quieto. Cuando en tierra los pájaros son media docena y están suficientemente cerca, *Coshmi* da un salto lanzando fuertes gritos. Sorprendidos y chasqueados, los carniceros levantan vuelo emitiendo destemplados graznidos. Uno de ellos queda enredado en las ramas bajas de un tala y retoma descuajeringado revoloteo cuando logra zafarse. *Coshmi* ríe a carcajadas y se revuelca, divertido. Se incorpora luego y encara una senda. Evita pisar un *acatanca* que lleva diligente, con sus patas delanteras levantadas a manera de brazos, una pelotita de estiércol. El insecto le hace recordar a una mujer de luto con la carga en la cabeza. *Coshmi* sonríe al preguntarse si las *acatanca*s pondrán también sobre su cabeza al *pashquil* de tela para acomodar el bulto.

Contraportada

Jorge Washington Abalos nació en 1915 en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, pero toda su vida transcurrió en el norte del país. En Santiago del Estero ejerció la docencia como maestro rural durante ocho años; luego se desempeñó como profesor en las universidades nacionales de Tucumán y Córdoba, a la vez que fue becado para realizar estudios en el Brasil y los Estados Unidos. En 1979 falleció en Córdoba, ciudad donde vivió sus últimos años. Cuando una alumna de su escuela rural, picada por una víbora, muere por falta de suero antiofídico, Abalos comienza a interesarse por los trabajos de zoología médica, en particular con respecto a los animales venenosos y trasmisores de enfermedades. Y es a partir de esa doble experiencia –el ejercicio de la docencia y el trabajo científico– que Jorge W. Abalos conformó una de las obras literarias más originales y bellas de la literatura nacional. La Editorial Losada –en cuyo catálogo figuran ya *Shunko* (1949); *Animales, leyendas, y coplas* (1953); *Norte pencoso* (1964); *Terciopelo, la cazadora negra* (1971), y *Coplero popular* (1973), además de un texto de enseñanza de Zoología– publicó en 1975 *Shalacos*, con dibujos de Alvaro Izurieta. Los *shalacos*, o sea los habitantes de la costa del río Salado, reciben a un maestro de 18 años que llega a esos confines del Chaco austral para ejercer su “eros pedagógico”. De allí arranca la sencilla escritura del autor para enhebrar otro relato pleno de encanto, de hondura y un nunca desmentido fervor por la gente y el paisaje del norte argentino.